

JUAN ANTONIO ODDONE

LA HISTORIOGRAFIA URUGUAYA EN EL SIGLO XIX.
APUNTES PARA SU ESTUDIO.*

Se ha dicho con razón que la historiografía en América Latina ha participado de modo muy activo en la consolidación histórica de las nacionalidades del Continente a lo largo del pasado siglo. Manifestación de militancia intelectual más que sereno ejercicio científico, la reflexión histórica sobre el pasado y las creaciones historiográficas constituyen, por lo común, la expresión de un compromiso ante la realidad, ya bajo su inmediata faz política o bien como empresa constructiva de una conciencia nacional en vías de sustentación.

Es cierto que semejante formulación incluiría muchos aportes, quizá objetables desde una estricta delimitación del dominio historiográfico, pero no cabe olvidar —y ello hace ineludible su consignación—, que la historia fue, en buena parte del XIX, un arsenal ideológico donde las épocas, las creencias y las doctrinas fueron movilizadas bajo los ideales del siglo. Impregnada por la cosmovisión romántica, que incluso propone una imagen de continuidad para la vida histórica, la actitud del historiador se define en un empeño actuante que aflora en el discurso parlamentario o la arenga patriótica, así como en la crónica, el ensayo o la biografía. Ejemplifican esa actitud José Manuel Restrepo en Colombia; Mariano Paz Soldán en Perú; Juan Vicente González y Felipe Larrazábal en Venezuela; Lucas Alamán y Lorenzo de Zavala en Méjico; Barros Arana y Vicuña Mackenna en Chile; Mitre y Lamas en el Río de la Plata.

En el caso concreto de nuestro país, la vigencia de esa actitud mental engendró una conciencia alertada que buceó en los orígenes de la nacionalidad, y también señaló variadas respuestas a los problemas políticos, religiosos o filosóficos que accedieron a la historiografía por la vía activa del liberalismo. Si cabe hablar de desarrollo del pensamiento historiográfico en este apretado y modesto dominio de nuestra historia intelectual, puede

* Este artículo reúne algunas notas de un trabajo en preparación, sobre *Historia y pensamiento historiográfico en el Uruguay en el siglo XIX*. El autor desea expresar su reconocimiento a los profesores Jesús Bentancourt Díaz y Edmundo M. Narancio, así como al señor Antonio T. Praderio por su asesoramiento bibliográfico.

decirse que sus manifestaciones genéricas y conceptuales recorren un transitado sendero, desde la crónica fáctica hasta las formas adultas de la construcción historiográfica.

Esperemos entonces que una historia de nuestra historiografía encare el relevamiento de sus balbuceos narrativos y de sus atisbos heroicos, así como la crónica onomástica y la crónica patriótica; que persiga todas las variantes de la escuela filosofante que introducida por Magariños Cervantes confluye más tarde en la reflexión sociológica y la fundamentación causal que postula el positivismo cientificista del 80; que conforme el derrotero de la corriente erudita a través de su evolución metodológica y el fecundo intercambio que posibilitó en el quehacer histórico rioplatense. De todo ello, para empezar, deberá hacer buen caudal una historia de nuestra historia, siguiendo de cerca nuestros conflictos partidarios e ideológicos, el desarrollo de las corrientes literarias, la apetencia de la cultura ambiente, la conformación de nuestro medio social. Es dable esperar una historia de la historiografía que no naufrague en el exhaustivo catálogo erudito o en la venerable galería cronológica. Cabe aguardar, para un trabajo de esa naturaleza, el estudio de la necesaria conexión entre pensamiento y creación, teniendo en cuenta la adaptación y transformación que experimentaron las corrientes de ideas importadas y el vigor que cobraron en su impregnación con nuestro pasado histórico; haciendo caudal, en fin, de la gravitación militante del romanticismo, y la dilatada influencia afirmativa del positivismo evolucionista.

Semejante tarea que, desde luego, no cabe en la intención de estas notas, aún queda por cumplir. Los apuntes que siguen sólo pretenden aventurar un somero planteo de algunas de sus direcciones posibles.

ANTECEDENTES Y ESTIMULANTES

Cuando en octubre de 1812, tras la victoriosa insurrección de la campaña oriental, la suerte de las armas revolucionarias provoca el segundo sitio de Montevideo, la población de la Plaza —fresco en la memoria el recuerdo de los últimos meses de 1811, y aún presente el pánico de aquel bombardeo inglés de 1807— vivió días de crecida angustia. Con la formalización del asedio, hambre y epidemias fueron durante casi dos años rutinario flagelo de Montevideo. La relación de Acuña de Figueroa, testigo ocular de aquellos sucesos cotidianos, si constituye una temprana expresión de la poesía nacional, perdura también como contribución liminar de la crónica narrativa en nuestra literatura histórica.

Francisco Acuña de Figueroa (1791-1862),¹ narró, como se sabe, las incidencias memorables y menores de aquel episodio en el *Diario Histórico*

1. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA, *Diario Histórico del Sitio de Montevideo en los años 1812-13-14*, en *Biblioteca Americana*, v. II, *Obras Completas de Fco. Acuña de Figueroa*, Montevideo, 1890.

del Sitio de Montevideo.² Si bien carece de plan, la obra no está escrita al acaso; refleja la observación prolija de quien sigue a diario las incidencias del sitio, llevando cuentas de los movimientos militares (aunque las cifras incurran a veces en exageración), los muertos en la acción y las bajas por las epidemias que diezmaron a los montevideanos; las salidas de los defensores y el bloqueo fluvial; consignando, de paso, las negociaciones de los bandos en lucha, ya las noticias de Buenos Aires o bien los sucesos políticos del campo sitiador.

La intención de hacer historia —que no fue ajena al autor— se revela en el carácter narrativo de la obra y en el propósito deliberado de escribir la crónica de los sucesos. En 1846, el propio Acuña de Figueroa valoraba su *Diario* con estas palabras: "...producción acreedora a la indulgencia pública, por ser la única crónica escrita de aquella época memorable y por la imparcialidad y verdad de sus relatos".³ Sucesivas veces anotado con datos complementarios, de aclaración, rectificación o adición de testimonios, aparece evidente la intención de añadir cierto rigor documental al trabajo. Las notas ilustran y jerarquizan el relato rimado, agregando apreciaciones personales, citas de fuentes, datos de la *Gazeta*, proclamas militares, y aún las enmiendas críticas que atemperan los juicios del cronista ocular.

Tipifica pues, Acuña de Figueroa, una expresión temprana de la crónica en nuestros anales históricos. Si —como lo advertía Bauzá— su temperamento y su educación le situaban más cerca de los cuadros de la sociedad colonial que de la estructura de la joven República,⁴ el apego a la comarca donde nació, el respeto a sus tradiciones y a su historia, permitieron una transacción con las nuevas formas institucionales que el país asimilaba, cediendo sus convicciones monárquicas e hispánicas mediante un acatamiento apacible. El artífice del epigrama no desdijo entonces su formación literaria: clásico recalitrante, su pluma amable, burlona y a ratos punzante, lo identifica con la clásica literatura virreinal. Bauzá le concede una significación ejemplar en la función integradora que cumple la literatura como concurrente espiritual de la nacionalidad. En su opinión, es Acuña de Figueroa quien incorpora definitivamente el tono heroico de las luchas emancipadoras a la conciencia colectiva de lo nacional, mediante su

2. Su propio autor en la portada del *Diario*, explica la naturaleza de la obra: "Escrito en versos de varios metros en la época misma, en el teatro y presencia de los sucesos. Y posteriormente corregido y aumentado con notas curiosas y documentos relativos a los mismos sucesos. Copiado y corregido en el año 1841 por el autor." Cfr.: FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA, *Diario Histórico del Sitio de Montevideo*, cit.

La crónica rimada referida a temas históricos, tiene ya algunos antecedentes en el Río de la Plata. Amén de Barco Centenera, pueden considerarse precedentes inmediatos entre otros— los *Romances* de Pantaleón Rivarola, cantando las hazañas de los defensores de Buenos Aires durante las invasiones inglesas, y el poema endecasílabo de Juan Ventura de Portegueda, *Buenos-Ayres Reconquistada*, México, 1808.

3. Cfr.: FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA, *Diario Histórico del Sitio de Montevideo*, cit., *Prólogo y Advertencia en Obras Completas*, v. I, t. I, Montevideo, 1890, pp. 7 y 8.

4. FRANCISCO BAUZÁ, *Estudios Literarios*, en *Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos*, v. 9, Montevideo, 1953, pp. 5-11.

perpetuación en las letras uruguayas. "... Artigas y sus compañeros, Lavalleja y los suyos son la fuerza inicial, la causa generadora de nuestra existencia —escribe Bauzá—; y Figueroa es la fuerza moral propagadora de las excelencias de ese hecho. Aquellos en las armas y éste en las letras, complementan el acto entregándolo a la posteridad rodeado del esplendor del heroísmo y garantido contra el olvido de los hombres".⁵

El tema de los orígenes nacionales inspiró con intermitencia nuestra versificación patriótica. Consumada la secesión política de 1828, dividida la sociedad por las enconadas luchas civiles que alumbraron la organización institucional, la naciente literatura encaró, a modo de respuesta constructiva, una fundamentación literaria de los orígenes históricos nacionales. Exaltó la historia en sus tradiciones más pretéritas y en sus héroes olvidados, promoviendo una veneración del pasado del que se querían rescatar los elementos primarios del sentimiento patriótico incontaminado aún por las pasiones de partido, con la finalidad de erigirlos en estandarte de la regeneración nacional. No es a título de su valor historiográfico que se mencionan aquí, dado que les fue ajena o secundaria esa intención, sino más bien como dinámicos excitantes de un sentimiento sobre el que luego discurrirá diversamente la labor historiográfica. Los poetas del sentimiento patrio, aunque ubicados —como diría Croce— en una esfera idealmente anterior a la de la ciencia histórica, tradujeron esa actitud en el verso y el drama lírico, estimulando la sublimación del pasado donde se inscribían las luchas por la independencia.⁶ Al amparo de la Paz de Octubre de 1851 —acercamiento nacional que pretendió acallar las pasiones partidarias—, una balbuciente literatura frecuentó las tradiciones orientales asomando en el drama histórico, el verso patriótico o la leyenda nativa, con la modesta latitud que alcanzan entonces estos géneros de nuestro dominio literario. Basten sólo algunos ejemplos: Pedro Pablo Bermúdez (1816-1860) hacía conocer en 1856 su *Epiceyo, Al Jefe de los orientales*, homenaje evocativo del Protector que venía a suceder en pocos años a sus dos dramas históricos, *El Charrúa*, donde enaltecía la raza autóctona, y *El Oriental*, apología de Artigas que aparece en 1854. La inhumación de los restos del prócer en 1856 inspira los versos de Román de Acha y Alcides De-María, mientras Heraclio Fajardo, bajo la influencia de Juan Carlos Gómez, publica su tomo lírico *Arenas del Uruguay*.

Entre otros, estos antecedentes menores, aún en su discutible mérito estético, significaron por entonces una impulsión simpática hacia el pasado que encontró su expresión historiográfica cabal en la pluma de Isidoro De-María.

5. *Ibid.*, p. 34.

6. Cfr.: FRANCISCO BAUZÁ, *Los poetas de la revolución*, en *Estudios Literarios*, cit.; para los años posteriores a 1851, Cfr. JUAN E. PIVEL DEVOTO, *Visión del país en 1856*, en *Marcha*, Montevideo, 11 de enero de 1957.

En época posterior, el tema nacional que el romanticismo vistió de tono épico cobró su auge definitivo con Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931).⁷ Su poema épico por excelencia, *Tabaré*, es la expresión más feliz del romanticismo que remite los orígenes nacionales a una legendaria tradición indígena.

Zorrilla, como poeta, ha llegado incluso a definir una actitud reflexiva ante la historia. Desde su punto de vista literario ha formulado ideas muy precisas sobre el alcance de la historia, que traducen influencias ilustrativas de una época. La historia, para Zorrilla de San Martín, se convierte en un elemento comunicativo y sensible que concurre a la apreciación estética de la obra o del personaje.⁸ La intención moralizante y el enaltecimiento del pasado, poblado de héroes y gestas, prefigura ya en 1879, cuando *La Leyenda Patria*, sus ideas maduras explicitadas a comienzos de este siglo. Concibe ahora la historia como una ciencia de observación y razonamiento, pero, esencialmente, como una obra de arte donde priman imaginación y sentimiento. El sujeto de la historia es, para Zorrilla, el *héroe* o el *hombre superior* que imprime una dirección al destino de los pueblos, idea medular en la tradición historiográfica romántica del Río de la Plata.

Con una concepción lírico-subjetiva de la realidad histórica, Zorrilla de San Martín rotula y culmina el ciclo poético de nuestra historiografía, si se permite el giro, —poesía histórica unas veces, historia en verso otras— donde el *epos* patriótico exalta valores del pasado impulsando una toma de conciencia nacional.

LA CRÓNICA Y SUS MODALIDADES

Primo annales fuere, post Historiae factae sunt, decía la sentencia que Croce cuestionaba sosteniendo que la historia, dado su intrínseco carácter de "contemporaneidad", antecede en el orden genético a la crónica, descarnado residuo de lo ya no viviente. Fuera de esa distinción formal, cabría iniciar, sin embargo, en este caso, una visión panorámica del quehacer histórico considerando las aportaciones de la crónica dado que constituyeron —en general— sus más tempranas y modestas manifestaciones, desde la narración cronológica de Larrañaga y Guerra hasta los anales de Isidoro De-María.

Sin conceder a la distinción otro alcance que el de un criterio posible de sistematización, la crónica, como género historiográfico, puede agruparse según ciertas modalidades características: crónica memorialista, narrativa, erudita.

7. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, *La leyenda Patria*, Montevideo, 1879; *Tabaré*, Montevideo, 1888; *Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata* (conferencia), Madrid, 1892; *La Epopeya de Artigas*, Montevideo, 1910; *Detalles de la Historia rioplatense*, Montevideo, 1917.

8. Cfr.: JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, *La realidad de Artigas*, prólogo a HÉCTOR MIRANDA, *Las instrucciones del Año XIII*, Montevideo, 1935, p. XVIII y ss.

Dentro de la crónica de índole memorialista,⁹ se insertan múltiples manifestaciones cuyo análisis escapa a los límites de estos apuntes. La crónica narrativa registra con Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848)¹⁰ un temprano intento de compendiar en un cuadro cronológico el pasado histórico de la Banda Oriental.

Dotado de una sólida formación humanística, promotor de variadas manifestaciones culturales del ocaso colonial y los años revolucionarios, no fue ajeno a la política de su tiempo. Distanciado de Artigas, aceptó transar con la dominación portuguesa de 1817. En aquellos días, y por encargo del general Lecor, Larrañaga compone una narración de los hechos más salientes de la historia del Río de la Plata desde el tratado de Tordesillas hasta el año 1818.

Los *Apuntes Históricos sobre el descubrimiento y población de la Banda Oriental del Río de la Plata y las ciudades de Montevideo, Maldonado, Colonia, etc.* —ampliados y completados, particularmente para su último

9. Dentro de la crónica narrativa construida sobre recuerdos y tradición, pueden citarse, entre algunas de las más conocidas: CARLOS ANAYA, *Revolución de la Banda Oriental del Uruguay, situada en la margen izquierda del Río de la Plata, América del Sud, Por Apuntaciones Históricas y Políticas, Escritas en el Departamento de Montevideo en el Año de 1851* en *Revista Histórica*, Montevideo, 1954, nn. 58-60, pp. 296 y ss.; RAMÓN DE CÁCERES, *Memorias de don Resumen histórico*, en *Revista Histórica*, Montevideo, 1910, t. 3, año 2, n. 8, pp. 395-410; JUAN SPIKERMANN, *La primera quincena de los Treinta y Tres*, Montevideo, 1891; LUIS DE LA TORRE, *Memorias de los sucesos de 1825*, en *Revista Histórica*, t. IV, n. 11, p. 340; FRANCISCO AGUSTÍN WRIGHT, *Apuntes históricos de la Defensa de la República*, Montevideo, 1845, t. I (según Dardo Estrada, Wright dejó inédito un segundo tomo que no se ha publicado); UN ORIENTAL [ANTONIO PEREIRA], *Aclaraciones históricas*, Montevideo, 1884; ANTONIO PEREIRA, *Recuerdos de mi tiempo*, Montevideo, 1891; ANTONIO DÍAZ, *Memorias* [inéditas, que abarcan desde el Descubrimiento hasta la paz de 1828] en *Archivo General de la Nación*, Montevideo; ABDÓN ARÓZTEGUY, *La Revolución Oriental de 1870*, Buenos Aires, 1889; etc., etc.

Otros géneros de crónica:

Como ejemplo de crónica tradicionalista puede citarse a FLORENCIO ESCARDÓ, autor de *Reseña Histórica, estadística y descriptiva con tradiciones orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay, desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta el año 1876*, Montevideo, 1876. (v. además FLORENCIO ESCARDÓ, *Un reflejo de Montevideo*, Montevideo, 1873).

Carlos Calvo, (1822-1906), nacido en Montevideo, a quien Carbia identifica como cronista de sucesos y de épocas, ha trabajado con profusa documentación, estructurando conjuntos documentales con criterio cronológico; v. *Anales Históricos de la Revolución de la América Latina*, París, 1864-67; *Colección Histórica de los Tratados de la América Latina*, París, 1864.

Dentro de la crónica eclesiástica figura Lorenzo A. Pons, designado por Mariano Soler en 1892 historiógrafo de la Diócesis Eclesiástica. El Prbro. Pons es autor de los anales religioso-eclesiásticos de la República, y, entre otros escritos menores, de la *Biografía del Illmo. y Rmo. Señor D. Jacinto Vera y Durán*, Montevideo, 1904.

10. INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO, *Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga*, Montevideo, 1922.

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA - RAYMUNDO GUERRA, *Apuntes históricos sobre el descubrimiento y población de la Banda Oriental del Río de la Plata y las ciudades de Montevideo, Maldonado, Colonia, etc., por . . . en Revista Histórica*, Montevideo, 1913, t. VI, p. 611; Montevideo, 1914, t. VII, pp. 81 y ss. y 532 y ss.

período, por el Capitán José Raimundo Guerra (1784-1867) — describen sucesos militares, fundaciones de pueblos, y dan noticias políticas de la revolución; con objetivo criterio se hacen apreciaciones sobre las ideas federales de Artigas de quien surge un afable retrato. Dada su ecuaníme apreciación de los hechos posteriores a la insurrección de 1811, constituye uno de los primeros testimonios —como lo señala Pivel Devoto— que desmienten la “leyenda negra” artiguista.

Con Juan Manuel de la Sota († 1858)¹¹ se amplían las posibilidades de la crónica narrativa enriquecida con el aporte documental. Si bien carece de un depurado método crítico, dado que se maneja con el simple procedimiento de acopiar datos y documentación, señala una marcada superación en el género, en cuanto incorpora nuevos elementos para la construcción histórica del pasado. Argentino de origen, se estableció en nuestro país hacia 1830, donde despliega múltiples actividades, vinculado por su carrera pública a la enseñanza y la administración. Su obra, por lo general, está al servicio de la organización nacional, en un período en que las disensiones internas, la guerra contra la Confederación argentina y la penetrante diplomacia brasileña amenazaban la estabilidad institucional del Estado Oriental. Esa intención pragmática está en el ánimo del autor cuando publica, en 1841, la *Historia del territorio oriental del Uruguay*; dice en la introducción: “. . . mis deseos y mis esperanzas serán bien satisfechos si el esfuerzo de mis trabajos correspondiese a la necesidad con que el país reclama ventilar sus deudas con los limítrofes, e hiciese ver el modo como gradualmente se preparaba su Nación libre e independiente”.¹² Se propone exponer con imparcialidad los hechos históricos de la Banda Oriental entre su descubrimiento y el año 1817, aunque su criterio de objetividad se resiente marcadamente en la apreciación de los años finales del trabajo. Sus fuentes —dentro de las que no establece jerarquización crítica— comprenden la *Historia* del Padre Lozano, las *Décadas* de Herrera, el *Ensayo* del deán Funes, los viajes de Navarrete, la colección de De Angelis, las *Cartas Anuas* y documentación de archivos de Montevideo. Sin trascender la mera noticia, abunda en referencias geográficas, etnográficas, datos sobre fauna y flora, hechos políticos, movimientos económicos y administrativos, tratados y batallas. Ese mismo año de 1841 escribe una ligera reseña titulada *Noticias Históricas*; narración onomástica con aspecto de cronicón medieval, en la que subraya los hechos del descubrimiento, la conquista y la población de estas regiones hasta la gobernación de Vértiz.

11. JUAN MANUEL DE LA SOTA, *Historia del territorio oriental del Uruguay*, Montevideo, 1841; *Noticias Históricas* [1841], en *Revista Histórica*, Montevideo, 1913, t. IV, pp. 145-60; *Cuadros Históricos*, [1848-49], [inéditos]; *Catecismo Geográfico-Político e Histórico de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1850; *Errores que contiene la Memoria sobre la decadencia de las Misiones Jesuíticas que ha publicado en la ciudad de Paraná el Dr. D. Martín de Moussy, etc.*, Montevideo, 1857.
12. JUAN MANUEL DE LA SOTA, *Historia del Territorio Oriental del Uruguay, etc., cit., Introducción*.

Su aporte quizá más perdurable —aunque discutibles su criterio y muchas conclusiones— figura en los *Cuadros Históricos*, que abarcan desde 1492 a 1828, divididos en dos partes separadas por la Revolución de Mayo.¹³ Escrita la obra entre 1848 y 1849, en ella alternan el rigor documental con la referencia de la tradición o el recuerdo personal, sobre un trasfondo subjetivo donde actúa un partidismo porteño al que suelen ajustarse muchas de sus observaciones, sus juicios de valor y su balance histórico de la época revolucionaria.

De todos modos corresponde a de la Sota —como lo señala Pivel— el mérito de haber incorporado a nuestra historiografía “la primera crónica de la revolución oriental”.

Fruto de sus inquietudes pedagógicas, es también autor de un texto didáctico, concebido con su habitual criterio cronológico. Publicado en 1850 como el *Catecismo Geográfico-Político e Histórico de la República Oriental del Uruguay*, presenta omisiones y deficiencias de información, explicables para su época, aún cuando ya se conocían trabajos como la *Carta* de José Ma. Reyes (1846).

En la crónica con aportaciones eruditas puede incluirse el nombre del español Deodoro de Pascual (1822-1874),¹⁴ extraña figura de publicista y trotamundos que emprendió variadas empresas y aventuras literarias en Brasil y el Río de la Plata, así como indagaciones dísticas en archivos americanos. Sus *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay*, publicados en París en 1864, señalan su única contribución memorable.¹⁵ Los propósitos iniciales del autor no llegaron a cumplirse nunca. Anuncia al comienzo del trabajo cuatro tomos referidos al período comprendido entre 1810 y 1859; sólo aparecieron dos volúmenes que abarcan hasta 1839. Se proclama a sí mismo cronista,¹⁶ y la estructura de la obra lo confirma: el tono narrativo y superficial, la exposición cronológica (cada capítulo corresponde a un año), las minuciosas descripciones en que se deleita y una tendencia, muy verbosa, hacia el retrato biográfico, matizado con la cita documental y la pintura psicológica, constituyen algunos rasgos de la fisonomía externa de estos *Apuntes*, encabezados por la divisa ciceroniana: *etenim mihi plus est fidei, quam facundiae*. Pese a la compulsiva laboriosa de documentos (sobre todo del archivo de Itamarati), sus convicciones monárquicas e hispanistas dictaron muchas de sus apreciaciones sobre nuestro pasado revolucionario.

Carente, como de la Sota, de sólida formación histórica, da sin embargo, por momentos, en medio de la animada imaginación de su relato, la sensación de un cuidadoso manejo de fuentes, con una aparente seguri-

13. JUAN MANUEL DE LA SOTA, *Cuadros Históricos, etc., cit.*

14. DEODORO DE PASCUAL, *Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay desde el año 1810 hasta el de 1852, etc.*, París, 1864.

15. En la edición de 1864 anunció cuatro tomos. Sólo se conocen los dos primeros que abarcan desde 1810 hasta 1839.

16. DEODORO DE PASCUAL, *Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay, cit.*, t. II, p. 177.

dad que le otorga cierto aire de empaque y erudición; ello, sin disimular sus tesis *a priori*: es, en nuestra historiografía política, el abanderado de la causa imperial de Brasil. En su análisis de la revolución y las luchas civiles, así como en su visión de otros problemas de la realidad —esclavitud, monarquía y república, anexionismo— se revela como el defensor consecuente de su majestad imperial, lo que, para la época en que investiga y escribe, no implica contradecir su hispanismo.

Su visión de Artigas, sumada a la discutida calidad general del trabajo, vinieron a sellar su desprestigio en la época de revisión de las tesis porteñas. Bauzá, Melián Lafinur, Acevedo y Estrada le reservan un juicio lapidario.

No podría omitirse —entre las manifestaciones de la crónica erudita— el nombre de Antonio Díaz (1831-1911),¹⁷ gracias a la relevante contribución que señala su *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el de 1866*. En la reflexión de Antonio Díaz prevalecen, al menos como propósitos, algunos principios teóricos sobre los fines de la historia y los medios que utiliza. Es su intención, afirma, mantenerse ajeno a las luchas políticas. Siguiendo el modelo clásico que para la época encarnaba, una vez más, Cicerón —grato también a de la Sota—, desea no formular juicios sobre los hombres sino limitarse a trazar el cuadro de los acontecimientos. “El historiador ante todo —dice Díaz— no es juez”.¹⁸ “No debe crear, trastornar ni producir acontecimientos ni opiniones apasionadas... su verdadero elemento es la vida de los pueblos”.¹⁹

Fuera de estas prevenciones liminares, la *Historia* del coronel Díaz inscribe, bajo el lineamiento formal de una crónica descriptiva, un cuadro irregular, por momentos desvaído, de los sucesos nacionales comprendidos entre la guerra del Brasil y la Triple Alianza. El relato aparece revestido con un profuso aporte documental que se diversifica en declaratorias, tratados, alianzas militares, testimonios familiares y manuscritos de época, aducidos, por lo común, con dudosa fidelidad. Pese a su notable extensión —sus doce volúmenes constituyen un alarde para su época— esta singular enciclopedia analítica se resiente ya por una presentación desordenada, y a veces incoherente, de los hechos, tanto como por el cuestionable criterio con que utiliza las fuentes (precedentes, en su mayor parte, del archivo paterno) a lo que se agrega frecuentes contradicciones o inexactitudes en muchos de los juicios sobre acontecimientos y personajes notorios.

Si bien careció de una visión objetiva y comprensiva del período encarado, y si tampoco su método y su orientación acertaron a resolver cuestiones elementales de criterio historiográfico, la crónica de Díaz, conjugando diversas circunstancias, alcanzó a gozar de cierto crédito, que Carbia, por ejemplo, todavía le concede en 1940; prestigio de relumbrón ganado

17. ANTONIO DÍAZ, *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el de 1866*. Montevideo, 1877-78.

18. *Ibid.*, t. I, p. 37.

19. ANTONIO DÍAZ, *Ibid.*, pp. 37-39.

—lo termina de señalar Pivel Devoto— al amparo de la fama de probidad y ponderación atribuida en su época a las *Memorias* de su padre, el general Antonio Díaz.

Isidoro De-María (1815-1906)²⁰ es en nuestro proceso historiográfico el cronista por excelencia. En él culmina el género en sus posibilidades creativas, así en la vastedad de su obra tanto como en la expresión conjugadora de las distintas modalidades que frecuentó. Su fecunda bibliografía, cuyos títulos más importantes se extienden entre 1860 y 1902, va desde la crónica como ejercicio biográfico (*Hombres Notables*, a partir de 1860) hasta la percepción global y, a la vez, minuciosa de la vida nacional (*Compendio*, 1864-1902), pasando por la gesta de sucesos y épocas (*Anales de la Defensa*, 1883-1887) y la filigrana costumbrista de sabor local (*Montevideo Antiguo*, 1887-1895); todo ello hilvanado por una valoración ejemplarizante del pasado oriental. La búsqueda afirmativa de los orígenes nacionales que se volvió inquietud periodística, literaria e historiográfica luego de la Paz del 51, encontró en De-María su expresión más relevante. Como relator de la peripecia biográfica de los *Hombres Notables*, emprende la tarea de rescatar del olvido las figuras de la patria vieja. La tradición es el telón de fondo de sus obras, el repositorio de los elementos primarios de la nacionalidad. "El espíritu nacional —decía un diario de la época al comentar calurosamente la vida de Artigas— que en nuestras guerras fratricidas ha recibido golpes tan debilitantes, necesita ser vivificado en la conciencia de las generaciones que se elevan para que no desfallezcan en la postración del desaliento."²¹

Complementando, como fue su intención inicial, los perfiles de los hombres notables con una obra de conjunto donde se presentara un panorama completo del pasado colonial y revolucionario hasta 1830, fueron apareciendo, a partir de 1864 y hasta 1902, los tomos del *Compendio de la Historia de la República Oriental del Uruguay*, minuciosa relación de los orígenes institucionales donde la crónica va desbrozando personajes y gestas en la acomodación de un panorama estimulante del pasado. La compulsa de archivos, el testimonio del viajero, el libro de Funes o la *Colección de De Angelis*, los hechos perpetuados en la tradición oral o en el recuerdo personal, fueron sus elementos de trabajo, movilizadas al servicio de la consolidación política y espiritual de la nación. Con el concurso de la prensa se permitió, paralelamente al *Compendio*, dar remate a los *Anales de la Defensa de Montevideo*, evocación de los días épicos del Sitio Grande, cuando su puesto de combate era la redacción de *El Constitucional*.

En su modalidad costumbrista la crónica alcanza con De-María un lenguaje que recrea el diario tono de vida de la ciudad-puerto: el sabor

20. Cfr.: JUAN E. PIVEL DEVOTO, *Bibliografía*, en ISIDORO DE MARÍA, *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1939, t. I, pp. 8-10.

21. Cfr.: *La República*, Montevideo, 11 de abril de 1860, cit. en SETEMBRINO PEREDA, *Miscelánea*, Paysandú, 1891, pp. 5-6.

de sus calles, la pintura de sus personajes populares y el cuadro ameno de aquella sociedad colonial que le vio nacer.

En cuanto a pensamiento historiográfico, su obra toda —pese a las distintas expresiones que abarcó y a las corrientes de palpitante y sucesiva boga que marginaron su dilatado período de creación— no trasciende los alcances de la crónica, ni supera sus limitaciones conceptuales. Observador penetrante de la realidad, atento testigo de las querellas políticas y de las fluctuaciones sociales, sublimó en la prensa, como periodista militante y hombre de partido, su frustrada vocación de historiador. Las circunstancias de su vida y las peripecias de la época de organización en que actuó, consumieron en la acción diaria de la hoja editorial o el suelto intencionado, sus mejores energías intelectuales. Su formación, en fin, también concurrió para privarle de una concepción histórica que es en vano procurar en su bibliografía. Pero si careció de método y si la propia modalidad narrativa resulta historiográficamente anacrónica, cuando entonces se agitaban verdaderas pasiones en torno a los criterios, los fines, las posibilidades y la concepción de la ciencia histórica; si fue indiferente o impermeable a los avances de la erudición, a las pragmáticas de la corriente filosofante, a las revoluciones ideológicas de Michelet o a las innovaciones naturalistas de Taine, cabe no obstante señalar la identificación de su obra con un pasado que aún carecía de conciencia de sí mismo y no se decidía a integrarse al espíritu colectivo de la nación. Fue un cronista del Montevideo colonial, de la patria vieja y de la joven república, aplicado con laborioso amor a perpetuar el recuerdo de sus gestas, sus hombres y sus hechos mayúsculos y menudos. Del balance de su obra queda algo más que el apego impasible al relato analístico y la versión edificante del pasado; tuvo otras proyecciones rigurosamente historiográficas en cuanto alumbró posibilidades monográficas para la pesquisa erudita, o facilitó una labor de revisión de los pródromos revolucionarios a la que se aplicó con fructífero resultado científico la investigación histórica rioplatense. Su replanteo simpático de la figura de Artigas, y su discrepancia con algunas tesis tenidas por verdades tradicionales, son antecedentes tempranos de una reparación esclarecedora, realizada sobre bases críticas y objetivas.

DOS LÍNEAS VERTEBRALES DEL PROCESO HISTORIOGRÁFICO

Más allá de la crónica, con respecto a las orientaciones que prevalecieron en nuestra historiografía del siglo XIX, podría encarsarse su desarrollo histórico —con alguna salvedad— en torno a dos grandes vertientes: la tendencia filosofante, propicia al ensayo interpretativo y a la fundamentación causal; y la corriente erudita, que tendió a la construcción historiográfica integrada con el aporte documental y la depuración crítica. Las vinculaciones y contactos entre dichas corrientes, que desmentirían un estricto deslinde, se ejemplifican en Mitre y López, Lamas y Bauzá, cuyos trabajos obedecen a solicitudes tanto eruditas como filosóficas. Mitre es quizá un arquetipo de historiador que se maneja sobre bases documentales objetivas, lo que no quiere

decir que se mantenga ajeno a los requerimientos de la interrogación filosófica. Lo dice expresamente en el comienzo de la biografía de Belgrano donde habla de filosofía y enseñanzas, aunque antepone siempre a esas adquisiciones un sólido conocimiento de los hechos, surgido de las pruebas documentales. López, a su vez —si bien alguna vez reprochó a Mitre ser esclavo de los documentos—, no desdeñó la contribución erudita aunque buscó su expresión metodológica en el crédito a la tradición oral y en el enjuiciamiento moral de la época y del personaje. Bauzá, entre nosotros, acusa la confluencia de esas dos actitudes íntimamente entrelazadas, nutridas recíprocamente. Su visión estimulante del pasado, su apego a la interpretación causalista y su admisión de una fuerza providencial en el desarrollo histórico —fiel, por lo demás, a sus convicciones religiosas— no excluye, sino que cobra categoría científica con una argumentación que recoge una minuciosa pesquisa erudita puesta al servicio del método crítico.

Las diferencias, que en su hora se agitaron en polémicas memorables, no radican en los fines sino en los medios. Todo ese movimiento de consolidación nacional que define una forma historiográfica, apuntó invariablemente a una imagen afirmativa del pasado, rica en lecciones que se entendieron provechosas, pródiga en retratos biográficos arquetípicos, troqueles conmemorativos con que se quería acuñar una conciencia colectiva. Así en los juicios de los hombres, en las causas de los fenómenos o en el sentido de la vida histórica se prodigó una filosofía de la historia a que toda la historiografía, por encima de métodos, pagó tributo. Hubo quienes cuestionaron la licitud de esas conclusiones si no eran precedidas por un riguroso conocimiento del pasado sobre bases eruditas; y quienes llevados por una filosofía *a priori* hicieron del ensayo el punto de partida, obsesionados por el ideal que señalaban las construcciones de Macaulay, de Guizot y de Carlyle. Todos hicieron filosofía de la historia; la diferencia es que algunos *terminaron* en conclusiones filosóficas mientras que otros *empezaron* a elaborar historia con conclusiones filosóficas que sólo fueron robusteciendo sus tesis.

a) *las expresiones de la historiografía filosofante.*

Si la noción providencialista de Bossuet fue el mediato modelo de la historia con tendencias filosóficas del siglo XIX, sus cultores consecuentes (Guizot, Thiers, Mignet, Buckle, Taine) erigieron otros altares donde la dialéctica hegeliana, el *espíritu popular*, o el progreso indefinido vinieron a traducir, en términos de su siglo, los principios del *Discours*. La imagen viquiana de los retornos periódicos o la interpretación naturalista del hombre y su pasado fueron, sin duda, incentivos poderosos en el desarrollo de la escuela historiográfica animada por premisas filosóficas y preocupaciones sociológicas, ávida por desentrañar del curso de la vida histórica sus variaciones constantes, así como las influencias de hombres, acontecimientos e ideas que han plasmado un comportamiento social. Tras los cuadros de la civilización de Voltaire, Montesquieu o Robertson, Guizot encara la

historia como lucha de principios opuestos y como reflexión sobre los cambios en el Estado y la sociedad en su relación siempre actualizada con el presente. Esta modalidad pragmática, asociada diversamente al liberalismo en política y al romanticismo en literatura, penetró en el pensamiento sudamericano, y tuvo sonora repercusión historiográfica.

Las intemperadas luchas que sucedieron a la independencia política invitaron a la reflexión constructiva y a la búsqueda de las causas perturbadoras en el pasado, así como propiciaron los planteos sociológicos, las profecías fatalistas y los juicios moralizantes. En el sur del Continente, desde el Pacífico al Plata, Bilbao, Lastarria y Amunátegui en Chile; Alberdi, Echeverría y Sarmiento, en Argentina; Lamas, Varela y Carlos Ma. Ramírez en el Uruguay se proponen una fundamentación de la realidad nacional a partir del análisis social encarado sobre bases históricas.

Dentro de nuestro proceso historiográfico, puede decirse que su curva ideológica fue sensible a las mutaciones conceptuales y metodológicas que ilustraron el pensamiento del XIX. Ceñida al patrón volteriano de Guizot con Alejandro Magariños Cervantes y sus seguidores, reflejó un temprano intento de "razonar" los orígenes coloniales y extraer de su historia los principios de una regeneración social y política. Sometida, en una segunda etapa, al embate positivista recurrió, marcadamente con Francisco Berra, al enjuiciamiento crítico de hombres y sucesos convirtiéndose en explicación causal de la vida histórica con propensión monitoria. Infiltrada en nuestros centros superiores de enseñanza, (en la Universidad, en el Ateneo y la Sociedad Universitaria), la concepción filosófica de la historia se vistió con el rigor determinista de las ciencias naturales, puesto entonces de moda por Taine y Bagehot a partir de la verbosa filosofía de Buckle y Macaulay, Flint y Laurent. En la docencia fueron sus portavoces Luis Destefanis, y, en plano menor, Isidro Revert, Marcelino Izcúa Barbat y Ramón López Lomba; en el ensayo sociológico dieron la nota de su menguada expresión, Angel Floro Costa —en quien culmina el énfasis científicista—, y Enrique Kubly, con sus profecías ampulosas. Alojó contenidos contradictorios si se piensa que el positivismo le incorporó a su ortodoxia; desde que positivismo —en teoría— implicaba una negación de toda filosofía (metafísica) de la historia. Mas en realidad, el positivismo, obsesionado por el concepto de causalidad científica, propicia, a su vez, otras filosofías (o sociologías) cuando encara los desarrollos, los fines o la problemática general de la historia.

Como se señalara, sus delimitaciones de escuela no fueron muy rígidas desde que, pese a sus disidencias teóricas y metodológicas con la orientación erudita, las vinculaciones y confluencias de ambas corrientes, fructificaron ese contacto en obras perdurables.

Variadas tareas intelectuales cumplió Magariños Cervantes (1825-1893)²² en sus años de peregrinaje por Europa, cuando pasea por París y

22. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*, París, 1854.

Madrid su fecundidad en la novela, el verso, el drama y la comedia, alternada con el oficio de periodista, las actividades editoriales y las investigaciones en archivos madrileños. Romántico a la moda española del 50, amigo de Núñez de Arce y Ventura de la Vega, pudo conciliar su fe católica con un liberalismo moderado, hechura de Montalambert y Ozanam, guardando —a diferencia de los románticos sociólogos del 37— un acendrado respeto por la tradición hispánica que aparece como tesis en su trabajo histórico.

Los *Estudios Históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata* publicados por primera vez en París en 1854, son el trazo inicial de la *historia razonada* en nuestro medio rioplatense.²³ Mueve a Magariños en su examen, como en el resto de su obra, la necesidad de indagar los elementos autóctonos que integran el carácter nacional. Junto a esa inquietud por los orígenes —típicamente romántica—, hay un intento de penetrar en los condicionantes sociales que gravitan en el desarrollo de la civilización. En los *Estudios*, que abarcan desde la conquista hasta el año 1845, la intención filosofante se manifiesta ya en las primeras páginas: "No es nuestro objeto —dice— escribir una historia detallada de estos países sino buscando la hilación de los sucesos más notables que han influido poderosamente en nuestro modo de ser; bosquejar si nos es posible la faz histórica de cada época."²⁴ Es su propósito discernir, a la luz de la historia y de la filosofía, la explicación de los extravíos del pasado y las pragmáticas actuantes para el presente. La influencia de Guizot es notoria en la disección sociológica y en la explicación causal del curso de la vida histórica, aunque Magariños Cervantes prefiera remitirse expresamente a su antecesor Robertson, de quien parecen proceder algunas de sus ideas conductoras: condicionalidad de ambiente, clima, raza; causalidad moral y política; noción de progreso uniforme del espíritu; interrogación pragmática del pasado. Como Robertson en su *History of America*, reacciona contra la clásica leyenda de Las Casas y Benzoni, con miras a reivindicar los sistemas de la conquista española. Concede obsesiva importancia a Rosas en quien personifica los síntomas del desquiciamiento social rioplatense; incurre en los mismos excesos que Vicente Fidel López al asignar a Rosas y su época la significación de un simple estadio de barbarie y extravío de la civilización, prejuicio por lo demás común a toda la literatura sociológica militante, que alcanza con Sarmiento su más notoria expresión ideológica.

La tesis pragmática de los *Ensayos* se concreta en sus palabras: "necesitamos examinar el presente de América a la luz del pasado para deducir de ambas el porvenir, y poderlos apreciar respectivamente"²⁵. En sus investigaciones por los archivos españoles recogió informes de virreyes, memorias, relatos de viajeros; fuentes que analiza y jerarquiza críticamente. Su bibliografía es abundante y polémica en torno al enjuiciamiento colonial de España: maneja la tesis adversa de Raynal (*Histoire des Indes*,

1770) y son frecuentes las citas del abate de Pradt, de Azara, de Funes, o del reciente libro de Prescott sobre la conquista del Perú (1847).

Sin embargo, Magariños Cervantes, bien que precursor de la historiografía filosofante en el Río de la Plata —como lo destaca Carbia—, no alcanzó a formar por sí mismo una escuela o una tendencia historiográfica. Su afición o su interés —nunca su vocación— le llevaron a la historia, una más entre las diversas actividades —periodista, editor, literato, abogado, juez, catedrático, rector— que su vida le marcó. Del periodismo de combate y la acción política derivó incidentalmente a la historia con las prevenções y deformaciones características por lo demás de la generación de proscritos que —imagen de la historiografía liberal de su tiempo— alojaron en la historia sus querellas de partido para extraer luego de ella las probanzas de sus principios e ideas. La exigüidad de su obra y de su influencia contrastan en cambio con la dilatada proyección que —dentro de la orientación filosófica— correspondió a Vicente Fidel López, emigrado de la primera hora, que ejemplificó en su extensa y desigual producción las mayores posibilidades de la corriente *fatalista*, como gustaba llamarla, y las cambiantes modalidades que fue asumiendo, sujeta a la variante del pensamiento europeo, desde los cuadros de Robertson y Guizot hasta sus postreras concomitancias metodológicas con las ciencias naturales, en la línea de Buckle y Taine.

Vicente Fidel López, más perdurable que Estrada, es el modelo que en el Uruguay inspiró a Francisco Berra (1844-1906),²⁶ cuyo discutido *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, aparte de su gravitación pedagógica durante casi tres décadas, presencia en ese lapso una etapa historiográfica de definición conceptual, al señalar el enfrentamiento de dos corrientes antagónicas.

Las cuatro ediciones del *Bosquejo* compendian toda una época de nuestra docencia histórica. Las modificaciones sucesivas —sensiblemente las introducidas en la última edición— impuestas más por preceptos pedagógicos que por orientaciones conceptuales, dejan en pie su dogma esencial: la historia, disciplina normativa, debe ser encarada con criterio filosófico y finalidad moral. "El fin práctico de la historia —decía Berra en 1895— no es satisfacer la curiosidad ni aun exaltar el sentimiento patriótico, como muchos creen incurriendo en gravísimo error; es servir de guía a la conducta futura de los hombres, mostrando cuáles son los efectos que fatal-

23. RÓMULO D. CARBIA, *Historia crítica de la historiografía argentina, (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Buenos Aires, 1940, p. 123.

24. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, *Estudios históricos, etc., cit.*, pp. 19-23.

25. *Ibid.*, p. 17.

26. FRANCISCO A. BERRA, *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1866 (primera edición); Montevideo, 1874 (2a. edición); Montevideo, 1881 (3a. edición); Montevideo, 1895 (4a. edición); *Estudios Históricos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del Bosquejo Histórico contra el juicio que le ha dedicado el Dr. Carlos Ma. Ramírez*, Montevideo, 1882; *Noticia Histórica. — Aspecto físico. — Instrucción*, en *Album de la República Oriental del Uruguay, compuesto para la Exposición Continental de Buenos Aires, bajo la dirección de los Sres. Francisco A. Berra, Agustín de Vedia y Carlos Ma. de Pena*, Montevideo, 1882.

mente se siguen de determinados hechos verificados en determinadas circunstancias".²⁷

Semejante desvirtuación engendraba una deformación de la realidad histórica, ya subordinada a las exigencias del método didáctico, desnaturalizada por un determinismo artificioso que aparecía ornado a la usanza científica de la época. Siguiendo a Vicente Fidel López, cuya vinculación, por lo demás, es explícita,²⁸ entiende misión del historiador juzgar a los hombres y las épocas adjudicando el aplauso y la reprobación según el sistema de valores morales vigentes.²⁹ Sometido el pasado a la comprensión de esas rígidas premisas, aparecen las limitaciones más evidentes: falta de rigor objetivo, exageraciones, anacronismos y la incompreensión de movimientos ideológicos y de personajes en relación con su época.

Sobrenadan en el *Bosquejo* las resonancias de Macaulay (*Historia de Inglaterra*) a través de López que, a su vez, se remite a Tucídides, Salustio y Tácito. Fiel a las influencias positivistas, a las que fue sensible como educador y pedagogo, Berra se apega a un principio de sucesión necesario y fatalista de la vida histórica admitiendo —al modo de su tiempo— la formulación de leyes que rijan esas relaciones, aplicables a la sociedad humana como reglas de conducta.

El recurso del paralelismo histórico —que será caro a Mitre— ya frecuentado en 1854 por Magariños Cervantes y luego por Vicente Fidel López en su *Historia Argentina*, ilustra en la obra de Berra, con intención didáctica, la comparación analógica y diferencial, entre los pueblos del Plata y los transatlánticos (especialmente España) y su articulación en un cuadro más vasto, en el cuadro de la civilización europea, donde se ostensibiliza el principio de la universalidad del fenómeno histórico de Buckle. El libro, que en su edición de 1895 abarca desde la época colonial hasta 1830, aún presentes sus deméritos actuales, significó en su tiempo una renovación pedagógica. Estimuló, aunque refutado, una reflexión objetiva sobre la historia nacional, despojada de la veneración patriótica con que venía siendo blasonada por De-María, depurada del sentimiento reverencial que embarazaba la apreciación crítica, bonificada en su método desde que se excluía, por lo menos en teoría, la apreciación subjetiva del pasado. Sin embargo, su austeridad aparente y sus cualidades sistemáticas, como texto, no le eximieron de los defectos inherentes a su escuela.

Dejando de lado, con la mención favorable que implica, su ampliación del panorama del pasado donde superando la narración de los hechos políticos Berra propendía a los cuadros de costumbres e instituciones, una reacción adversa desencadenó un vendaval de opiniones condenatorias. El proceso de análisis y crítica de la obra de Berra trasciende en sus supuestos,

27. FRANCISCO A. BERRA, *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1895, p. 13.

28. BARTOLOMÉ MITRE, *Correspondencia Literaria*, en *Archivo del General Mitre*, Buenos Aires, 1895, t. III, p. 72.

29. FRANCISCO A. BERRA, *Bosquejo Histórico de la República Oriental, etc., cit.*, pp. 18-19.

así como en sus derivaciones, el objeto de la discusión. Las diversas instancias de lo que cabalmente fue revisión del pasado y definición de una conciencia historiográfica, tuvo antecedentes, resonancias y protagonistas en las dos orillas del Plata. Sus episodios más notorios, los artículos de Juan Carlos Gómez, las réplicas montevidéanas en la prensa, el Ateneo, la tercera edición del *Bosquejo* y el *Juicio Crítico* de Ramírez del 82, la contrarréplica de Berra y los debates del 84 en torno a Artigas implican la reconsideración de una imagen histórica tradicional. El vuelo doctrinario que cobran las réplicas a la edición del *Bosquejo* de 1881, acusa, con la superación de los juicios que entonces encarnaba López, una objetivación crítica del pasado que está anunciando la aptitud madura para encarar la conceptualización histórica del curso de la vida nacional. El *Bosquejo* —por contraste negativo— fue el espaldarazo de una nueva conciencia histórica que por vez primera sugiere una visión orgánica del pasado, sobre bases eruditas y críticas, con los trabajos de Fregeiro y Bauzá. Es cierto que la gestación de esa conciencia adulta responde a un proceso de larga data, cuyos actores desde Montevideo o Buenos Aires protagonizaron en la cátedra, en la pesquisa del archivo o en las polémicas histórico-políticas. Pero no es menos cierto que la definición de dicha conciencia vino a manifestarse a propósito del libro de Berra para luego sellarse definitivamente, en 1884, con la crítica de López por Fregeiro (no por simple coincidencia coetánea de la polémica Mitre - López), en el conocido debate periodístico a propósito de Artigas. Desde entonces, las ideas históricas de Berra y su criterio histórico parecen ser cosa juzgada y como letra muerta se confinan en el desván de la historiografía. Apagados los ecos de las retóricas lecciones del *Bosquejo*, silenciadas las voces críticas que se alzaron en su contra, el saldo de su obra, la "lección", perdurable de su libro es negativa. Si algo enseñó desde el punto de vista historiográfico, lo hizo con la ejemplificación de una forma errónea de concebir la historia. Y su paradójica lección, arrojó resultados saludables en cuanto superación de las excentricidades de una escuela y de un modo de pensar que Croce sin miramientos desterraba al limbo de la "pseudo-historia".

Si fue prolongado el magisterio del manual de Berra en la enseñanza media, la tendencia *fatalista* también se hizo sentir variadamente en la docencia universitaria. Si en historia nacional pervivió durante tantos años el influjo de Berra, durante esas mismas décadas, Desteffanis alentó la tradición filosofante desde la cátedra de historia universal de la Universidad.

En el Río de la Plata, 1866 es un año significativo para la historia de orientación trascendente: en Buenos Aires señala el advenimiento a la cátedra de José Manuel Estrada, el portavoz de Guizot; en Montevideo, la edición inicial del manual de Berra, como se vió, y el nombramiento, por el gobierno de Flores, de Luis Desteffanis como catedrático de historia en la Universidad Mayor, señalan hechos ilustrativos del auge de una modalidad que se explotó en la creación historiográfica y en la docencia.

Luis Desteffanis (1839-1899)³⁰, italiano de origen, formado en la ideología del "risorgimento", proscripto por sus ideas liberales, bibliófilo excepcional, fue un nexa erudito que reflejó en nuestro medio universitario, todas las cambiantes posturas de la ciencia histórica en sus grandes transformaciones metodológicas de la segunda mitad del XIX. En sus lecciones y traducciones, exposiciones, artículos periodísticos y comentarios bibliográficos, reveló una vinculación directa con los grandes centros de discusión histórica; a veces unido en amistad personal con los historiadores europeos, se mostró un espíritu humanista y ecléctico que supo recoger, consciente de su misión didáctica, las voces y los ecos más dispares. Sus exposiciones de clase, que en forma de apuntes recogieran los *Anales del Ateneo*, comprenden una visión panorámica de autores y corrientes con el expreso propósito de hacer un día un libro de texto para filosofía de la historia.³¹ Acusan además atentas lecturas que remontan desde Tucídides a Laurent, si bien en su visión del pensamiento y los procesos históricos predomine el ánimo permeable del bibliófilo más que la personalidad del crítico analítico de sistemas.

Aunque cubre de elogios a Cantú —con quien mantiene correspondencia personal— su militancia (marcadamente anticlerical) le lleva a otros altares: Gabriel Rosa, José Ferrari y Juan Domingo Romagnosi —expresión del positivismo filosófico que en tono altisonante venía predicando la pragmática misión de la historia. Semejante cartabón orientó su opúsculo definitivo donde pese al eclecticismo y objetividad del enunciado —*De los criterios históricos* es su título (1889) — el autor avanza su propia profesión de fe acerca de la ciencia histórica. De una de sus definiciones iniciales se deduce, si no su propio criterio, el que presenta con títulos de mayor validez: "La Historia —postula Desteffanis— es la narración razonada de los hechos humanos relacionados con la sociedad y con el progreso"³². Semejante manifestación le sitúa en la línea de los apologistas de la historia filosófica, a que guardó fidelidad desde su llegada a la docencia. La ideología que preconiza postula el progreso del hombre como idea eje del desarrollo de la vida histórica, cuyo derrotero ascendente e inescindible está sujeto a variaciones constantes que, como en la naturaleza, marcarán los períodos de desarrollo y transformación. Accede esa teoría a Desteffanis por una sinuosa línea de influencias que procediendo de la corriente neoviquiana, vino a reivindicar el pensamiento antiabstracto y el concepto del desarrollo orgánico de los pueblos engarzado en la idea del liberalismo nacional. Esta corriente, que asomaba al despuntar el siglo con Vincenzo Cuocco,³³ culmina en la periodización ingenuamente aritmética de los ciclos históricos que propone Giuseppe Ferrari, sosteniendo que si se fijan "siglos de 125 años se repiten en las naciones civilizadas las

30. LUIS D. DESTEFFANIS, *De los criterios históricos*, Montevideo, 1889; *Entre Libros y periódicos*, en *Anales del Ateneo*, Montevideo, 1884-1885.

31. LUIS D. DESTEFFANIS, *De los criterios históricos*, en *Anales del Ateneo*, Montevideo, 5 de febrero de 1885, n. 42.

32. *Ibid.*, p. 5.

33. BENEDETTO CROCE, *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, Bari, 1947.

mismas revoluciones políticas".³⁴ Su apego a la escuela le lleva a aceptar con calor tan delirante determinismo que, al fin de cuentas, no era más que un ejemplo de la confusión que reinaba en la época acerca de las fronteras de las ciencias del conocimiento. Por su libro circulan todos los sistematizadores, mentores y profetas del progreso humano. De cualquier modo, más por las ideas que supo transmitir que por su obra original de que careció, merece un sitio en nuestra historiografía. Su producción es meramente accidental y extrínseca a su vocación de docente, polígrafo y bibliófilo, traductor y coleccionista erudito.

Paralelamente al magisterio universitario de Desteffanis, otros centros de enseñanza montevidianos fueron sensibles a la influencia filosófica del positivismo en su proyección sobre las ciencias históricas. Mencione-mos, al pasar, algunos núcleos de difusión de los estudios históricos. El Club Universitario, fundado en 1868, donde Eduardo Acevedo Díaz, con Guizot por modelo, traza una imagen del pasado del Continente en una serie de disertaciones titulada: *La civilización americana*;³⁵ la Sociedad Filo-Histórica donde se pronuncian conferencias sobre *La mitología griega bajo el prisma de la moral* por Prudencio Vázquez y Vega,³⁶ donde Gregorio Pérez lee su tesis acerca de *El origen de la civilización americana*³⁷ y José G. del Busto habla de una división científico-filosófica de la historia de la humanidad.³⁸ El Ateneo después, con sus veladas literarias, en las que, en 1881, Palomeque diserta sobre la enseñanza de la historia como ejemplo de generaciones presentes;³⁹ la *Sección* y la cátedra de historia del Ateneo donde sus lectores José G. del Busto, Isidro Revert y Marcelino Izcúa Barbat rezuman el tono científicista que impone la furiosa boga de Taine; Isidro Revert —también profesor de historia universal de la Sociedad Universitaria— escribe en los *Anales del Ateneo* sobre *La química y la física históricas*, *La mecánica en la historia*, *Morfología y fuerzas de la historia*;⁴⁰ Marcelino Izcúa Barbat, por su parte, hace profesión de fe filosófica en un discurso inaugural del aula de historia antigua del Ateneo en 1882, refiriéndose a

34. LUIS D. DESTEFFANIS, *De los criterios históricos, etc., cit.*, p. 10.

35. EDUARDO ACEVEDO DÍAZ, *La civilización americana*, en *El Club Universitario*, año III, nn. 101, 102, 103, 104, Montevideo, mayo 25, junio 5, junio 12, junio 22 de 1873.

36. PRUDENCIO VÁZQUEZ Y VEGA, *La mitología griega considerada bajo el prisma de la moral*, en *Actas de la Sociedad Filo Histórica*, Montevideo, 22 de julio de 1874, en *Archivo del Ateneo de Montevideo*.

37. GREGORIO PÉREZ, *El origen de la civilización americana*, en *Actas de la Sociedad Filo-Histórica*, Montevideo, 19 de agosto de 1874, en *Archivo del Ateneo de Montevideo*.

38. JOSÉ G. DEL BUSTO, *Disertación sobre la división más científica de la historia de la humanidad*, en *Actas de la Sección Historia del Ateneo del Uruguay*, Montevideo, 15 de setiembre de 1879, en *Archivo del Ateneo de Montevideo*.

39. ALBERTO PALOMEQUE, *Discurso de apertura al inaugurar las veladas literarias en el Ateneo del Uruguay*, en *Anales del Ateneo*, año I, t. I, n. 2, Montevideo, 5 de octubre de 1881, p. 159.

40. ISIDRO REVERT, *La química y la física histórica*, en *Anales del Ateneo*, año I, t. I, n. 5, Montevideo, 5 de enero de 1882, p. 374 y ss.; *La mecánica en la historia*, en *Anales del Ateneo*, año I, t. I, n. 6, Montevideo, 5 de febrero de 1882, p. 468; *Morfología y fuerzas de la historia*, en *Anales del Ateneo*, año I, t. I, n. 10, Montevideo, 5 de junio de 1882.

Buckle y Laurent,⁴¹ exposición oral publicada luego en los *Anales*; Ruperto Pérez Martínez —en fin—, positivista y catedrático de historia nacional del Ateneo, declara en su curso de 1884 que la historia del pasado oriental, es fuente de enseñanzas para el presente.⁴²

Asimismo cabe recordar dentro de una marcada orientación positivista a Víctor Arreguine (1863-1924)⁴³ por su *Historia del Uruguay*, donde asoma cierta periodización de la historia. Concede gran importancia a la "sociabilidad", como se decía entonces, y en la línea de Berra procura iniciar a los escolares en la enseñanza cruda del pasado, con los vicios y virtudes reales de sus actores. La idea del ciclo vital, cara a toda la historia filosofante, aparece expresada en el prefacio cuando dice: "así como en la vida orgánica, las naciones crecen, se desarrollan, mueren". En cuanto a los fines de la historia su positivismo evolucionista es aún más explícito. He aquí, con sus palabras, las ideas de Arreguine: "La historia no debe meramente presentar más o menos bien los hechos, como un indicador de efemérides; no debe tampoco tener por exclusivo fin estudiar el paso de los hombres a través de las instituciones. Estudiar la marcha evolutiva de las instituciones a través de los hombres; el encadenamiento natural de los hechos, produciéndose y reproduciéndose según ciertas leyes; presentar el cuadro veraz de las costumbres; desentrañar las causas que expliquen la mayoría de los fenómenos históricos; he ahí algunos de sus fines más conocidos".⁴⁴

Queda, como derivación secundaria y, si se quiere, extrahistoriográfica de esta corriente, el ensayo de tono sociológico que pretende razonar el pasado nacional en busca de soluciones presentes.

Se incluye en este rubro a Angel Floro Costa (1838-1906), temprano divulgador de los dogmas positivistas, con cuyo sistema pretende filosofar nuestra historia. El científicismo alcanza con Costa proporciones delirantes. En el *Nirvana*,⁴⁵ dedicado a su modelo, Alejandro Magariños Cervantes, demuestra la fatalidad de nuestra necesaria incorporación al Brasil con cifras estadísticas. Se proclama a sí mismo "filósofo estadista" y desde esa altura observa los partidos en que se dividen los países del Plata, que se le aparecen como "la ulterior evolución sociológica de las dos grandes fuerzas que operan el equilibrio y la condensación de los cuerpos en movimiento, la fuerza centripeta y la centrífuga, centralización y descentraliza-

41. MARCELINO IZCÚA BARBAT, *Buckle y Laurent*, en *Anales del Ateneo*, año I, t. I, nn. 5, 6, 7 y 8, Montevideo, 5 de febrero, 5 de marzo, y 5 de abril de 1882.

42. RUPERTO PÉREZ MARTÍNEZ, *Historia Nacional, Discurso de apertura en la clase del Ateneo*, en *Anales del Ateneo*, año III, t. VI, n. 34, Montevideo, 5 de junio de 1884, p. 443.

43. VÍCTOR ARREGUINE, *Narraciones Nacionales, Artigas, Rivera*, Montevideo, 1890; *Historia del Uruguay*, Montevideo, 1892; *Tiranos de América, el Dictador Francia*, Montevideo, 1896; *Estudios históricos. Tiempos heroicos y la Guerra de la Cisplatina*, Montevideo, 1905; *Latorre, Buenos Aires*, 1913.

44. VÍCTOR ARREGUINE, *Historia del Uruguay, cit.*, Prefacio, pp. V-VI.

45. ANGEL FLORO COSTA, *Nirvana, Estudios sociales, políticos y económicos sobre la República Oriental del Uruguay*, Buenos Aires, 1880.

ción, unitarismo y federalismo". Es una verdadera pesadilla científica que da sin embargo idea de la desenfrenada vigencia que alcanzó el positivismo. Sostiene que la "catóptrica social está tan avanzada hoy como la catóptrica lumínica. Las razas que se mezclan y confunden, proyectan y combinan sus energías físicas y sus cualidades morales, como las superficies tersas los rayos de luz o de calor radiante. Los teoremas son los mismos. Siempre el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión. De lo que se sigue que las temperaturas sociales tienden a equilibrarse como las físicas...".⁴⁶

Mención accidental corresponde a Enrique Kubly y Arteaga (1855-1904) por sus dos ensayos más significativos: *Las grandes revoluciones* (1887) un grueso volumen que con aire de viejo alegato liberal reedita las protestas de Bilbao ante la acción clerical, con mucho de Spencer y Carlyle; un tanto anacrónico, conservador para 1887 y para el prólogo de Pi y Margall que le precede.

Libertad, ciudadanía, soberanía popular, leyes políticas, analizadas históricamente, en su faz sociológica, desde la antigüedad hasta los últimos conflictos con la Iglesia, pasando por la Revolución Francesa, seguidas por conclusiones de filósofo de la historia, al tono grandilocuente de estilo. En *El espíritu de rebelión* (1896), con énfasis erudito radica las bases de la democracia en su evolución histórica, para concluir en el dogma del progreso como idea central y condición de perfeccionamiento. Tiene un acentuado tono profético, al plantearse la cuestión social del momento con la macrocefalia industrial y su incidencia sobre la clase obrera. Su diagnóstico desahucia al socialismo de Estado y a las "extrañas utopías" de Marx y Lassalle, así como al anarquismo, que desprecia como buen liberal de fin de siglo. Cree que el mundo está asentado —dadas las inclinaciones natas del hombre por su interés individual— sobre la noción de propiedad. Proclama la libre iniciativa como panacea de los males sociales y tiende, dentro de fuertes marcos reaccionarios, a una república federal de acento conservador y jerárquico. *El espíritu de rebelión*, para Kubly, es la palanca del progreso constante e irresistible, a cuyo conjuro se operarán las transformaciones sociales.⁴⁷

b) *algunas manifestaciones de la corriente erudita.*

En tiempos de Rivadavia, cuando a comienzos de 1827 llegaba a Buenos Aires, proscripto de Italia, el publicista Pedro De Angelis (1784-1859), los primeros frutos del método filológico crítico y el auge de la corriente neoviquiana auguraban una fecunda revolución en los dominios del saber histórico europeo. No tanto por haber sido un temprano portavoz de aquellas ideas históricas, sino por la influencia que irradió con su obra de acopio y creación, se le debe preferencia en todos los estudios sobre los orígenes de la erudición en el Río de la Plata. En su patria natal, procedía De Angelis de aquella escuela de publicistas y estudiosos napolitanos que tras las huellas de Vincenzo Cuocco postulaba una reivindicación del pensamiento de Vico apuntando hacia una conceptualización científica del saber

46. *Ibid.*, p. 375.

47. ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA, *El espíritu de rebelión*, Madrid, 1896.

histórico sobre la base de la indagación filológica. El destino de muchos de estos publicistas, como De Angelis, ligado a la suerte del liberalismo y a sus adversas vicisitudes, los empujó al exilio.

A Pedro De Angelis, bifronte figura de la historia argentina en la que perdura como erudito historiógrafo y como obsecuente publicista, se asocian las influencias iniciales del saber sistemático aplicado a los estudios históricos. Un movimiento heurístico que fue posibilitando, a través del conocimiento cabal de las fuentes, el desarrollo de un modo historiográfico que, por sus métodos y sus fines, venía a apartarse de las especulaciones que había favorecido la corriente filosofante. A lo largo de todo el siglo, historia e historiadores señalaron una actitud inquisitiva del pasado que, a partir de la pesquisa documental, la indagación filológica o la compulsión bibliográfica, fueron conformando una línea que con gradaciones de calidad, altibajos y aportaciones externas, constituye un dominio del saber histórico.

La caracterización de su itinerario historiográfico en el Uruguay se vincula a la labor histórica argentina, desde la época de Pedro De Angelis hasta la hora finisecular que marca los maduros trabajos de Mitre, de Bauzá o de Fregeiro, ya que en ambas orillas del Río de la Plata el romanticismo —como se dijo— impulsó la búsqueda de los restos del pasado, en la común inquietud por sustentar los orígenes nacionales. Así, la historiografía romántica, definida en militancia estética y política, propendió a la búsqueda de documentos que una posterior etapa permitiría someter a la crítica y la síntesis conceptual.

La manifestación más ostensible de esta orientación en el continente americano fue la labor heurística: archivos y bibliotecas, documentos públicos y privados comienzan a movilizarse al servicio de los ideales de emancipación. La acumulación de textos, mensajes, discursos, memorias, epistolarios, rebasa el puro saber erudito para apuntar a una exaltación del *pathos* nacional. El ejemplo de Michelet y Carlyle apura la definición de la historia en tónicas de exigencia nacional. Esa actitud común a toda Latinoamérica se expresó a través de un movimiento de búsquedas sistemáticas cumplido en la segunda mitad del XIX, cuando proliferaron las colecciones documentales promovidas por calificados estudiosos: en Chile con José Toribio Medina; en México con Manuel Orozco y Berra (1853); en Perú con Riva-Agüero y Odriozola (1858 y 1863); las series documentales sobre Bolívar, de Blanco y Azpurúa (1875-1877); la publicación de la colección de tratados de Calvo, o la colección de documentos de García Icazbalceta, son algunos ejemplos significativos. Entre las contribuciones que registra el Río de la Plata figura la colección de obras y documentos de Pedro De Angelis (1836-37), sólido corpus de seis tomos cuyo eco montevideano recogieron los proscriptos argentinos en la biblioteca de *El Comercio del Plata*, con once volúmenes de memorias, diarios e informes de viajeros, opúsculos y folletos publicados bajo la dirección de Florencio Varela y Valentín Alsina, entre 1845 y 1851.⁴⁸

48. Cfr.: DARDO ESTRADA, *Historia y Bibliografía de la imprenta en Montevideo, 1810-1865*, Montevideo, 1912, pp. 117 y ss.

En el plano de las expresiones individuales, la labor heurística ha perpetuado el nombre de Andrés Lamas (1817-1891),⁴⁹ que con su variado aporte historiográfico, señala una vocación ceñida por una activa militancia intelectual y política. Mentor de nuestra emancipación literaria en el 38, perdura por su aporte ensayístico, monográfico y documental como un símil característico de la erudición en el Uruguay. Más allá del tradicional esquema político de los hechos, su visión del pasado se enriqueció con aportes de la geografía y la economía, la estadística y la filología, la literatura y la reflexión sociológica. Su obra puede desglosarse en dos aspectos: metodológico y monográfico.

La fundación del Instituto Histórico y Geográfico en 1843, empresa a la que estuvo estrechamente vinculado Lamas, recoge sus ideas juveniles de 1838 al abogar en *El Iniciador* por la independencia científica y literaria de la Nación.

Poco después de publicar en forma de libro sus *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino Juan Manuel de Rosas* (1848), mientras cooperaba con la empresa heurística de los emigrados unitarios en *El Comercio del Plata*, Lamas encara la idea de publicar las fuentes necesarias para la ulterior elaboración historiográfica. En 1849 inicia la *Colección de documentos para la historia y geografía de los pueblos del Plata*. En 1872, junto a Juan Ma. Gutiérrez impulsa la fundación de la *Revista del Río de la Plata* (1872-1877); asimismo por esos años emprende la edición de la *Biblioteca del Río de la Plata* donde aparecen bajo su cuidado las crónicas de Lozano (1874) y Guevara (1882). En 1873, concreta su ambicioso plan de investigación en repositorios europeos con las *Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que pueden ilustrar la historia colonial del Río de la Plata*. Su aporte en el aspecto heurístico señala una sostenida pasión de trabajo, sustentada desde sus realizaciones del 40 hasta los últimos días de su vida, en cuyo lapso se mantuvo estrechamente vinculado a los problemas de la realidad del país que lo vio nacer.

Pensamiento y acción, erudición y militancia, se conjugaron en su espíritu si no siempre con equilibrio, al menos con la definida vocación del historiador preocupado y alerta. Como los historiadores de la escuela romántica —Michelet, Thierry, Carlyle— Lamas ejemplifica la disquisición sobre el pasado como pretexto para una actitud política; así surgen sus *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino Juan Manuel de Rosas*, respuesta que la realidad inmediata propone a un espíritu necesitado de explicarse, en términos históricos, la situación presente. El ensayo aparece, en sus virtudes y sus flaquezas, como un analítico cuadro político que va desde la guerra contra el Brasil hasta la renuncia de Oribe de 1838, donde enjuicia la facción y la dictadura de Rosas en un bosquejo cargado de pasión partidaria.

Pero su actitud posterior, a partir del resurgimiento de los estudios

49. Cfr.: GUILLERMO FURLONG CARDIFF, *Bibliografía de Andrés Lamas*, Buenos Aires, 1944.

históricos luego de la caída de Rosas, revela un propósito de indagar en el pasado para extraer de él los elementos constructivos de "la independencia inteligente de la nación", como decía en 1838, es decir, fundamentar el armazón espiritual de la conciencia nacional. Su concepción histórica se ajustó a esa consigna, ya en la búsqueda documental o en la circunscripción monográfica.

Bien se sabe que el acopio de fuentes fue la palabra de orden al filo del medio siglo. A imagen de los *cazadores de documentos* de la Monarquía de Julio, los heurísticos rioplatenses se dieron a la tarea ímproba de rescatar y ordenar la maraña papelística de donde surgirían las fuentes para la síntesis historiográfica.

Como en la Francia de Guizot, o la Alemania de los *Monumentae*, ese ideal fue entonces imperativo, sin escapar a las extremas exageraciones de la obsesión datística. Trelles, Alsina, Quesada, Mitre, Lamas y Gutiérrez tradujeron esas inquietudes y la *Revista del Río de la Plata* fue quizá su órgano más expresivo. Si bien Lamas fue un típico erudito, su labor admite el cotejo con la obra de su colega y amigo Bartolomé Mitre. En toda su obra, ya en las puntualizaciones metodológicas que prologan la crónica de Guevara o Lozano, o bien en el análisis de la ley agraria de Rivadavia así como en la condicionalidad histórica que surge en el *Génesis de la Revolución*, alienta una vocación que responde a la idea orgánica de la historia, concebida como desarrollo vivo de la idea de nación. Aún en su tono menor, más recuerda Lamas al *Belgrano* de Mitre que a las precisiones de Quesada sobre *La política imperialista del Brasil*. Si es cierto que, por el contrario de Mitre, nunca trascendió la dimensión del planteo monográfico y la exégesis documental, sus conocimientos de americanista, su competencia en filología, en lenguas clásicas, en geografía y etnografía, junto a su versación en temas de estadística y demografía, finanzas y administración, revelan no sólo una sólida cultura sino también una vigilante atención a la realidad, en cuanto su condición de estudioso no invalidó sino fortificó su actitud como hombre de su tiempo. Más fue lo que planeó que lo que pudo realizar; pero dadas sus orientaciones, sus directivas y los planes que dejó bosquejados puede decirse que con Lamas se supera dentro de la heurística nacional la etapa datística que generó —por oposición a la filosofía de la historia— una deformación antihistórica de la que se resintieron muchas de las ramificaciones consecuentes de esa línea del pensamiento histórico.

Las aportaciones que marcaron el tránsito historiográfico del romanticismo al positivismo, y su propia pugna —como se sabe— modificaron y actualizaron las perspectivas conceptuales y metodológicas de la ciencia histórica europea en la segunda mitad del siglo XIX. La sistematización de nuevos géneros, la ingerencia cada vez más atrevida de la ciencia natural que apunta a la nominación causalista de los desarrollos sociales; el renovado impulso que con el positivismo cobra la filosofía de la historia; así como la desconcertante ampliación de los horizontes documentales,

fueron todas circunstancias que requirieron el extremo rigor de la crítica aplicado a los elementos de primera mano.

En Buenos Aires, la corriente erudita de Domínguez, ya jerarquizada por Mitre en cuanto al método, emite su profesión de fe científica, como escuela histórica, en ocasión de la polémica de 1881 entre Mitre y López.

Es justamente a partir de entonces, en el lapso que cubren las dos últimas décadas del siglo, donde se sitúan algunas expresiones singulares, características de aquella tendencia que, a partir de la compulsión documental y la erudición, postula una rigurosa exégesis de fuentes, por el método de depuración hermenéutica. El ochenta y el noventa recogen una bibliografía histórica que compendia, a los fines sistemáticos de este panorama, los frutos de la corriente erudita en el Uruguay del XIX.

Tras los festejos de inauguración del monumento de la Florida (1879), la polémica desatada desde Buenos Aires por Juan Carlos Gómez, al negar significación independentista a la efemérides de 1825, promovió una conmoción que trascendió del plano inicial. Y, al cabo de la consideración de los antecedentes históricos del acontecimiento, vino a impulsar una disquisición sobre los orígenes de la propia nacionalidad oriental, ventilada en la tribuna del Ateneo y en sus *Anales*, en polémicas derivadas de la prensa al folleto, en los periódicos de ambas orillas del Plata. Todo este proceso espiritual que cubre los años 1879 a 1885, arroja un saldo edificante para la conciencia histórica. Este período sin duda merecería, por su resonancia intelectual, por su repercusión historiográfica y por su contenido afirmativo de la conciencia nacional, una consideración muy atenta, que desborda por fuerza estos apuntes. Pedro Bustamante, Juan Carlos Gómez, Berra, Lucio V. López, Fregeiro, Mitre, Carlos María y José Pedro Ramírez, Alejandro Magariños Cervantes, Carlos Ma. de Pena, Bauzá, Melián Lafinur, Angel Floro Costa fueron sus protagonistas con ostensible o indirecta actuación. El clima que crea la creciente discusión propicia eco y respuestas, algunas de cuyas voces han recogido los *Anales del Ateneo*.

En una segunda instancia, centrado el debate en torno a Artigas, Carlos María Ramírez (1848-1898)⁵⁰ impugna a Berra con su *Juicio Crítico*. Periodista, hombre público, universitario, Ramírez estaba vinculado a Berra por amistad y comunes aspiraciones. Sin embargo, no pudiendo sustraerse al movimiento de reafirmación de la nacionalidad que se ventilaba con urgencia polémica, plantea algunas discrepancias con el libro del educador que entonces (1881) aparecía en su tercera edición. El *Juicio Crítico* revela la necesidad de objetivar en la historia la figura del caudillo y de la revolución oriental. Su vinculación con Fregeiro, sin duda incidió en la gestación de este opúsculo. Ramírez avanza una crítica de las

50. CARLOS Ma. RAMÍREZ, *La guerra civil y los partidos en la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1871; *Juicio crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay por el Dr. D. Francisco Berra*, Buenos Aires, 1882; *Artigas, Debate entre El Sud América de Buenos Aires y La Razón de Montevideo*, Montevideo, 1884.

fuentes que ha utilizado Berra, cuestionando su testimonio. Analiza las relaciones de Artigas con Buenos Aires y aunque coincide con Berra en que Artigas no planteó la independencia total de la Banda Oriental, estima excesivo el enjuiciamiento denigrante que recoge el *Bosquejo*. "Es menester en efecto —decía Ramírez— ser muy ciego para no ver que Artigas en un momento dado fue el representante de un principio que la revolución de Mayo llevaba en sus entrañas y que respondió a la más profunda necesidad de la sociabilidad argentina".⁵¹

La respuesta de Berra, publicada meses después, no acalló los argumentos de Carlos Ma. Ramírez sino que le movió, como confiesa en 1884, a indagar con mayor profundidad los hechos de la vida del prócer. El *Artigas* (1884) recopila toda su intervención —e indirectamente la de su amigo Fregeiro— en el debate promovido desde Buenos Aires por *El Sud América* con violentos artículos, cuyo anónimo autor se ha dado en identificar con el Dr. Lucio Vicente López.⁵² Los artículos de Ramírez, aparecidos en *La Razón* de Montevideo, constituyen un verdadero alegato, fundado en minuciosas comprobaciones documentales con miras a "la revisión severa de todas las versiones tendientes a deslustrar nuestra historia".⁵³

Si bien sólo fue accidental, y polémica —como en este caso—, su incursión en el dominio histórico, Ramírez se mostró siempre sensible a los postulados de la escuela filosófica. Sus análisis de los orígenes y evolución de las instituciones le llevaron a una interrogación de la historia que propició en su espíritu las interpretaciones de corte causal. Guizot, por sus aficiones literarias, se le llamó en su juventud. En 1872 sostiene en el Club Universitario — que el progreso es ley del movimiento de la humanidad.⁵⁴ Su *Curso de Derecho Constitucional* ejemplifica —entre otras— esas influencias⁵⁵ y su admiración por López, aunque discrepe con su tesis antiartiguista, así como las propias declaraciones de tono discursivo y filosófico que lucen en la introducción al *Artigas*, anotan las direcciones predominantes de su criterio en materia histórica.

En aquel clima polémico que habían suscitado las divergentes interpretaciones históricas de 1884, el Ateneo, muy oportunamente, llama a concurso sobre el tema de candente actualidad: la revolución oriental,⁵⁶ concurso que premia el trabajo de Justo Maeso *La insurrección emancipadora de la Provincia Oriental en 1811*.

51. CARLOS Ma. RAMÍREZ, *Artigas, etc., cit.*

52. *Carta de Clemente L. Fregeiro a Setembrino Pereda*, Buenos Aires, 25 de julio de 1916, en *Cuestiones Históricas, Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Montevideo, 1926, t. V, n. 1, p. 283.

53. CARLOS Ma. RAMÍREZ, *Artigas, etc., cit.*, Introducción, p. IX.

54. CARLOS Ma. RAMÍREZ, *La decadencia de los pueblos*, en *El Club Universitario*, t. II, Montevideo, 1872.

55. CARLOS Ma. RAMÍREZ, *Conferencias de Derecho Constitucional*, en *La Bandera Radical*, Montevideo, 1871.

56. Cfr.: *Anales del Ateneo*, año I, t. I, n. 2, Montevideo, 5 de octubre de 1881, pp. 196-7.

La monografía de Maeso (1830-1886),⁵⁷ no obstante su premiosa elaboración, sirvió de base a un posterior estudio documental y crítico con fines alegatorios. La documentación es exhibida con intención reivindicatoria, acudiendo a testimonios hasta entonces desconocidos.

Es, con sus limitaciones, una síntesis comprensiva que se propone aportar las probanzas documentales para demostrar la espontaneidad de la revolución de 1811. Encarado bajo la forma de un alegato, se remite al testimonio de los actores del proceso "como la única e ineludible ley". Al asignar al movimiento emancipador una señalada proyección nacional, avanza una interpretación moralizante de ese pasado donde asoman "las virtudes o los crímenes de los hombres notables y de las generaciones pasadas presentándolas de relieve ante la admiración de los contemporáneos".⁵⁸ Aun en su significación menor, Maeso representa una valiosa contribución al acervo monográfico, así en la compulsión de testimonios poco conocidos como en la erudición general que revela su trabajo, un exponente más del revisionismo histórico que asoma con pujanza en la década del ochenta, impulsado por los debates acerca de la nacionalidad, pero sustentado además por una bonificación de método e instrumental erudito.

La consideración de la figura de Clemente Fregeiro (1853-1923),⁵⁹ implica reconocer, para los estudios históricos, una notoria ampliación de

57. JUSTO MAESO, *La insurrección emancipadora de la Provincia Oriental en 1811, Sus antecedentes y su espontaneidad*, en *Anales del Ateneo*, año IV, t. IX, n. 50, Montevideo, 15 de octubre de 1885, p. 310; *El general Artigas y su época, apuntes documentados para la historia oriental*, Montevideo, 1885; *Los primeros patriotas orientales de 1811. Espontaneidad de la insurrección oriental contra la España en la guerra de la independencia americana*, Montevideo, 1888.

58. *La insurrección emancipadora de la Provincia Oriental en 1811. Sus antecedentes y su espontaneidad*, en *Anales del Ateneo*, año IV, t. IX, n. 50, Montevideo, 15 de octubre de 1885.

59. CLEMENTE L. FREGEIRO, *Compendio de la Historia Argentina, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta el presente*, Buenos Aires, 1876, 3a. ed., 1881; *Los colores de la bandera argentina*, Buenos Aires, 1878; *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1879; *Don Bernardo Monteagudo*, Buenos Aires, 1880; *San Martín, Guido y la expedición libertadora del Perú*, Buenos Aires, 1884; *Vida de argentinos ilustres*, Buenos Aires, 1885; *Artigas, El Exodo del Pueblo Oriental, 1811*, en *Anales del Ateneo*, Montevideo, 1885; *Artigas, Estudio Histórico, Documentos Justificativos*, Montevideo, 1886; *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1886; *Don Vicente Fidel López y un texto de historia argentina*, Buenos Aires, 1889; *Un informe y un decreto. Fundación de pueblos en la Banda Oriental*, Buenos Aires, 1891; *Noticias sobre la vida de don Hipólito Vieytes*, Buenos Aires, 1893; *La Historia documental y crítica*, Buenos Aires, 1893; *Síntesis histórica del desarrollo histórico de la República Argentina*, en *El Censo Nacional*, Buenos Aires, 1895; *Antecedentes de las invasiones inglesas en el Río de la Plata*, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1897; *La Defensa de Montevideo y el Gral. Urquiza*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1917; *La vida de un revolucionario*, en *La Nación*, Buenos Aires, febrero de 1918; *La Batalla de Ituzaingó*, Buenos Aires, 1919; *Estudios Históricos sobre la Revolución de Mayo*, en *Biblioteca de Historia Argentina y Americana*, tt. VI-VII, Buenos Aires, [1930] s. d.

panorama. Uruguayo de nacimiento, argentino por adopción, su bibliografía ha abarcado temas comunes a la historia rioplatense en compendios didácticos, compulsas documentales, puntualizaciones metodológicas y minuciosas monografías.

Su ubicación en la tendencia erudita y sus estrechas vinculaciones, con Mitre y Domínguez obviarán su filiación historiográfica. Interesa, sí, destacar en Fregeiro cuanto importa su concepción metodológica, donde parece definirse un cierto reajuste de la tendencia a que pertenece, mediante la posesión de una visión conceptual del proceso histórico.

Comienza a producir hacia 1880. A tal altura del siglo, la situación de los estudios históricos apuntaba a objetivos muy definidos: la labor preparatoria y el mejoramiento de los instrumentos de trabajo que se desarrolla desde los primeros decenios del siglo con apertura de archivos, recopilaciones como las de Migne, Pertz y Waitz, aparición de calificadas publicaciones históricas, creación y mejoramiento de instituciones de especialización como la Escuela de Altos Estudios, de Duruy (1868), la Escuela de Atenas (1846), la Escuela Francesa de Roma (1874), señalan el auge de la investigación histórica de base documental y crítica. En el Río de la Plata la parcialización de los temas y la confrontación minuciosa de testimonios dieron, en el plano monográfico, la pauta de las conquistas alcanzadas. El *Juan Díaz de Solís* (1879) de Fregeiro es una muestra cabal de este tipo de trabajos donde se aúnan el acopio de fuentes y la precisión crítica con intención ordenatoria, para una posterior compilación biográfica.⁶⁰

No escaparon por cierto a Fregeiro las limitaciones al método que su escuela había puesto en boga, en cuanto a las posibilidades de la prueba documental; "cuántas dificultades se hace necesario vencer para descubrir a través de la documentación la verdad histórica!" —decía. "No basta el amor ardiente a la verdad: se requiere copioso saber y eximio sentido crítico, desarrollado por la experiencia". En 1886 se editan, en alarde de erudición, sus *Documentos Justificativos* sobre Artigas, tendientes a un conjunto genérico destinado a facilitar la labor de los estudiosos. Pero es años más tarde —a pretexto ocasional de refutar el libro de Madero—, cuando se recoge su profesión de fe histórica a través de las precisiones que establece en *La Historia documental y crítica* (1893). Para entonces ya habían sido expresadas sus opiniones acerca de la historia filsofante cuando su polémica con López de 1889,⁶¹ que, a su vez, vino a ser el complemento doctrinario de la controversia que sostuviera, con el mismo Vicente Fidel López, su amigo y colaborador Mitre en 1881.

A partir de algunos puntos vulnerables del trabajo de Madero, traza un cuidadoso deslinde de concepción y método histórico que sirve de sustento para su crítica. Trascendiendo la concepción de la historia como "narración vívida de los acontecimientos, hecha en tono oratorio y con tendencia de alegato forense" —forma que Madero ejemplificó, según Fregei-

60. CLEMENTE L. FREGEIRO, *Juan Díaz de Solís, cit.*

61. CLEMENTE L. FREGEIRO, *Don Vicente Fidel López y un texto de historia argentina, cit.*

ro—, concibe la historia a imagen de Taine, en su doble calidad de ciencia y arte. Una fuerte impregnación filológica trasunta su formación erudita donde alientan, junto a la vieja savia de Tillemont, las recientes influencias de Mommsen y de Droysen, los giros de Sainte Beuve y de Fustel. "El trabajo del historiador —dirá Fregeiro— consiste, ante todo, en revivir por el espíritu estados que fueron de la sociedad (la fórmula —repetida más tarde por Groussac— no está muy lejos del pensamiento de Taine), coordinando al efecto inmenso y complejo material, fragmentario casi siempre, por intermedio de la erudición que acopia y de la crítica que depura y ordena". Y la raíz típicamente germánica y filológica surge de su inmediata aclaración sobre la misión de la crítica: "...no basta extraer un papel de un archivo oficial o privado, es indispensable estudiarlo en sí, en su procedencia, en su concordancia ó contradicción, con otros documentos igualmente auténticos é igualmente autorizados". Y concluye: "...el material científico es indispensable, pero la crítica lo es tanto como éste".⁶² Su refutación a Madero abunda en disquisiciones de método, muy ilustrativas, por lo demás, acerca de la diferenciación de entonces entre ciencias "rationales" y ciencias históricas. Para él, los textos y documentos son para la historia lo que son para las ciencias naturales los experimentos y las observaciones. Sus discrepancias con Madero tienden a dejar establecido: que no es posible hacer historia con documentos inéditos si éstos no se depuran con reservas críticas; que más allá de todo acopio de material inédito, la verdadera erudición se maneja con la crítica paciente y sagaz que reúne y ordena, clasifica y juzga.⁶³ Tal como ya lo había dejado establecido en su contribución inicial sobre la batalla de Ituzaingó (1888), ensayo de crítica histórica y militar; o en su perfil de Monteagudo (1880), cuyas convicciones se ven robustecidas en sus póstumos *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo*.⁶⁴

62. CLEMENTE L. FREGEIRO, *La historia documental y crítica cit.*, pp. 4 y 5.

63. *Ibid.*

64. CLEMENTE L. FREGEIRO, *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo, etc., cit.*, Prefacio.

En *Anales del Ateneo* Fregeiro publicó *El Exodo del Pueblo Oriental*, capítulo de una obra mayor que no llegó a aparecer y que vino a quedar reducida al anticipo documental aparecido en 1886, con el título de *Artigas, Estudio Histórico, Documentos Justificativos*, Cfr., *Anales del Ateneo*, año IV, t. VIII, nn. 41, 42, 43, Montevideo, 5 de enero de 1885, 5 de febrero de 1885, 5 de marzo de 1885; pp. 64 y ss., pp. 81 y ss., pp. 169 y ss.; Cfr.: CARLOS MA. DE PENA, *Introducción*, en *Anales del Ateneo*, año IV, t. VIII, n. 41, p. 64.

Su correspondencia con Setembrino Pereda y con Luis Melián Lafinur contiene referencias sobre sus proyectos de encarar una *Historia Nacional* como conjunto integral, abarcando no sólo historia política, sino institucional, literaria, económica y cultural, tarea que programaba llevar a cabo con un equipo de investigadores uruguayos. Pensó en escribir —lo dice en carta a Melián Lafinur— un *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, al ejemplo de Oncken, con la colaboración de Francisco J. Ros, José Henriques Figueira, José Salgado, Setembrino Pereda, Carlos Oneto y Viana, Luis Melián Lafinur, Carlos Vaz Ferreira, Carlos Roxlo, Benjamín Fernández y Medina. La carta, que, como se sabe, no llegó a su destinatario ni se publicó en su tiempo (1917), figura en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. V, n. 1, p. 292.

Todo parece indicar, así en la ampliación del dominio erudito como en la precisión del instrumental crítico, que con Fregeiro se accede a una etapa definitoria en nuestra historiografía. Su visión conceptual de la vida histórica, que aplicó a la comprensión de los procesos orgánicos y a la minuciosa pesquisa monográfica, caracterizó —dentro de la orientación que había definido Mitre— una objetivación científica del pasado rioplatense sobre bases documentales y críticas.

FRANCISCO BAUZÁ: UNA CONCEPCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE LA NACIONALIDAD ORIENTAL.

No sólo por azar cronológico la obra de Bauzá se ubica al final de estos apuntes, sino más bien su carácter de frontera historiográfica parece imponerla entre dos vertientes de nuestro quehacer histórico: la de su coetáneo Fregeiro y la que definirá Pablo Blanco Acevedo a partir del novecientos.

Sin duda pertenece a Francisco Bauzá (1849-1899)⁶⁵ la primera visión integral y orgánica de nuestros orígenes nacionales, desde sus fundamentos coloniales hasta su eclosión revolucionaria, inscripta en un cuadro edificante de la conciencia nacional. Por su revisión crítica de las interpretaciones historiográficas argentinas y brasileñas, por su reivindicación de Artigas como gestor de la organización republicana, por su análisis de las fuerzas económicas y sociales que juegan en el proceso de descomposición colonial, por su explicación de las circunstancias geográficas y las características etnográficas que posibilitaron la secesión independiente, la *Historia de la Dominación Española en el Uruguay* es ya —como se ha dicho— una obra clásica que deja cabalmente establecida, sobre bases documentales y críticas, la existencia histórica de la nación oriental. Tema dominante en su bibliografía, el estudio de los elementos históricos, literarios y jurídicos de la nacionalidad,⁶⁶ es encarado en forma sistemática en los tres tomos de la *Historia de la Dominación*. La estructura de la obra, las apreciaciones metodológicas de su *Reseña preliminar*, su análisis crítico de fuentes, el sólido conocimiento bibliográfico, así como la calidad de su estilo, señalan la aparición de una definida concepción historiográfica. A partir de Bauzá, aún sin desdeñar los aportes previos, se abre para el trabajo histórico, la posibilidad de acceder a una concepción científica, en el plano de la investigación y la interpretación.

Historiador y legislador, periodista y hombre de partido, Bauzá encara la creación historiográfica como vehículo vivificante de la conciencia nacional, urgido por una exigencia espiritual que le mueve a ahondar

65. FRANCISCO BAUZÁ, *Influencia de los orientales en la revolución de 1810*, [1870], en *Revista Histórica*, Montevideo, II, t. IV, n. 12, p. 749 y ss.; *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, Montevideo, 1880-82 (1a. edición); 1895 (2a. edición); 1929 (3a. edición); *Estudios Literarios*, Montevideo, 1884; *Estudios constitucionales*, Montevideo, 1887; *Ensayo sobre la formación de una clase media*, Montevideo, 1876.

66. FRANCISCO BAUZÁ, *Estudios Literarios, cit.*; *Estudios Constitucionales, cit.*; *Ensayo sobre la formación de una clase media*.

en el pasado para explicarse por vía retrospectiva la existencia independiente de su país, en el momento culminante de la controversia sobre la autenticidad histórica de la República. El preconceito de la existencia nacional —como se sabe— dinamizó variadamente la historiografía americana. La hipótesis del trabajo de Mitre, al “perseguir los orígenes del sentimiento nacional como conciencia de la comunidad”,⁶⁷ es el supuesto que dinamiza en Bauzá la búsqueda atenta de los elementos físicos, geográficos, políticos y sociales que dan cuerpo al ser nacional uruguayo. Por eso es la suya la primera historia de los orientales.

Su interpretación de la Revolución de Mayo y la revisión de la figura histórica de Artigas que emprende en dos de sus trabajos de 1870,⁶⁸ prefiguran ya su definitiva visión del proceso revolucionario rioplatense, como lo ha señalado Pivel Devoto. Según Bauzá, el movimiento de 1810 surge como un brote comunero amparado en planes monárquicos, contra los cuales Artigas simboliza la idea republicana federal. Cree que 1810 es una proyección del movimiento juntista de Montevideo de 1808 y que el principio de la soberanía de los pueblos y la difusión popular del ideario republicano deben remitirse al espíritu artiguista. Entonces, anticipándose a los grandes debates sobre Artigas, Bauzá definió en estos escritos juveniles y en sus artículos de *Los Debates* las bases de una juiciosa apología, que más tarde emprendería a la luz de la crítica documental.

En la *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, ratifica estas tesis con nuevos argumentos. Como Mitre, cree en la preexistencia de la nación en la colonia, dada la vida independiente que en una comarca muy delimitada por las fronteras naturales habían establecido los charrúas. “La colonia —afirma— entendió ser, y era, en efecto, la continuación de la antigua nacionalidad bárbara e independiente que le había dado origen”. Desde tiempos muy antiguos sus rentas propias derivadas de su producción agrícola ganadera y su estratégica situación portuaria, demostraron que el país en cierto modo se bastaba a sí mismo. Por ello, la revolución no surge como un ex-abrupto histórico, sino como una natural consecuencia de un tradicional sentimiento independentista para el que el pueblo estaba preparado por un instinto fraternal y democrático que alentaba en una sociedad donde se confundían las clases y donde la conciencia igualitaria desembocó forzosamente en la forma de gobierno republicano. Una explicación causal, a veces forzada por un rigor silogístico, encubre toda su diagnosis de la vida colonial. Su análisis de la dominación hispánica se resuelve en un balance favorable de la gestión del conquistador, aunque tras su juicio de valor yace una hipótesis de corte

67. JOSÉ LUIS ROMERO, *Mitre, un historiador frente al destino nacional*, en *Argentina, Imágenes y perspectivas*, Buenos Aires, 1956, p. 140.

68. FRANCISCO BAUZÁ, *La influencia de la República Oriental del Uruguay en América del Sur*; cfr.: *Memoria presentada al Club Universitario*, Montevideo, 9 de abril de 1870, en *Archivo del Ateneo de Montevideo, Club Universitario*, 1868-71, paquete 1; además JUAN E. PIVEL DEVOTO, *De la leyenda negra al culto artiguista*, en *Marcha*, Montevideo, 27 de octubre de 1950.

providencialista en cuanto a la misión espiritual de España en Indias que —acorde con su fe católica— recuerda a Magariños Cervantes.⁶⁹

Su explicación del proceso histórico colonial configura un enorme gozne causal sobre el que se asienta, sin roces ni fricciones, el quicio de la nacionalidad independiente. La aparente endeblez de semejante esquema interpretativo de la vida histórica se ve contrastada con las probanzas de su aparato erudito, y el aguzado sentido crítico con que analiza, depura, coteja y rectifica las piezas de su vasto material, desde la crónica rudimentaria del primitivo viajero hasta las conclusiones de la historiografía argentina y brasileña. Su conocimiento de la bibliografía y los conjuntos documentales, que ordena metódicamente en la *Reseña Preliminar*, se resuelve en una disquisición moralizante del pasado, tal como lo entendían entonces —por encima de diferencias de escuelas— Mitre y López.⁷⁰

Convencido de que en la historia confluyen pasado y presente, como conciencia, señala la urgencia de ese autoconocimiento objetivo, hilo conductor de la acción. "...cada época tiene sus exigencias y la nuestra, que es de mayoría, solicita el aclaramiento de las cosas. El pueblo uruguayo —sostiene Bauzá— ya no es un pueblo infante... Necesita pues, saber lo que han hecho sus mayores para decidir lo que debe hacer él mismo". Y enseguida la conclusión pragmática que nutre el sentimiento patriótico: "...Necesita munirse del valor político que lleva á los hijos á ser jueces en los actos de sus padres sacando de ellos con toda imparcialidad, las enseñanzas que sirven para condenar al mal y nutrirse en las que hacen del bien un culto y una norma de conducta. No de otro modo se forma el patriotismo".⁷¹

La obra de Bauzá viene a sellar, en términos definitivos para nuestra historiografía, la polémica que desató la discusión sobre los orígenes nacionales, momento en que no sólo por la vigencia espiritual del tema, sino también por la concurrencia de opiniones y orientaciones, se vivió una hora fecunda para los estudios históricos, impulsados a partir de entonces por un vigoroso movimiento renovador que culminó a comienzos del novecientos con la creación de la *Revista Histórica de la Universidad*. Desde luego, no puede significar la detención de estas notas en Bauzá que su aporte clausure la fisonomía historiográfica del siglo; parece, en cambio, un mojon adecuado para medir en perspectiva la altura alcanzada en esta disciplina durante el siglo XIX. Ello tampoco implica el desconocimiento de otras figuras de cierta relevancia, entre los coetáneos de Bauzá, y del movimiento de renovación didáctica que propician al filo del nove-

69. "La dominación española —concluye Bauzá— fué beneficiosa al Uruguay, en cuanto nos dió todos los elementos que necesitaba el país para ascender de las oscuridades del barbarismo a las esferas de la civilización cristiana", FRANCISCO BAUZÁ, *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, Montevideo, 1929, t. II, p. 496.

70. "La historia de los pueblos —afirma Bauzá— cuanto más complicada y árdua tanto más rica en experiencias para sus hijos; y la nuestra, que no brilla por las facilidades venturosas, es adecuada a encarrilarnos seriamente, si seriamente entramos en la empresa de estudiarla", FRANCISCO BAUZÁ, *Estudios Constitucionales, etc., cit.*, p. 11.

71. *Ibid.*, p. 11.

cientos Araújo, el Hermano Damasceno, Bollo, hasta la nueva promoción de historiadores de este siglo que definirán Pereda y Salgado, Acevedo y Pablo Blanco.

Su consideración, empero, está fuera de los límites asignados a este esquema.

BIBLIOGRAFIA *

I) GENERAL

- COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la Historia*, México, 1952.
 CROCE, B., *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, Bari, 1947.
 CROCE, B., *Teoria e historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1953.
 DONOSO, R., *Discurso del delegado de Chile*, en *II Congreso de Historia de América*, t. I, Buenos Aires, 1938, p. 50.
 ECHAGÜE, J. P., *Los métodos históricos en Francia en el siglo XIX*, en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, t. VII, pp. 95 y ss.
 ESTRADA, D., *Historia y bibliografía de la imprenta en Montevideo, 1810-1865*, Montevideo, 1912.
 FALCAO ESPALTER, M., *Disertación del Delegado del Uruguay. Un concepto interpretativo sobre la Historia de América*, en *II Congreso Internacional de Historia de América*, t. I, Buenos Aires, 1938, p. 340.
 FERNÁNDEZ SALDAÑA, J. M., *Diccionario uruguayo de biografías*, Montevideo, 1945.
 FUETER, E., *Historia de la Historiografía moderna*, Buenos Aires, 1953.
 GOOCH, G. P., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, 1942.
 HALPHEN, L., *L'histoire en France depuis cent ans*, Paris, 1914.
 HENRÍQUEZ UREÑA, P., *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, 1949.
 JULLIAN, C., *Extraits des historiens français du XIX siècle*, Paris, 1910.
 LEVENE, R., *Discurso del presidente del Congreso y de la Junta*, en *II Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, 1938, t. I, p. 32.
 ORGAZ, R., *Disertación del delegado del Gobierno y Universidad de Córdoba, Las primeras ideas historiográficas de Vicente López*, en *II Congreso Internacional de Historia de América*, t. I, Buenos Aires, 1938, pp. 235 y ss.
 PICARD, R., *El romanticismo social*, México, 1947.
 PICCIRILLI, R. - ROMAY, F. - GIANELLO, L., *Diccionario Histórico Argentino*, Buenos Aires, 1953-54.
 ROMERO, J. L., *La Historia y la vida*, La Plata, 1945.
 RONLO, C., *Historia crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo, 1912-1916.
 THOMPSON, J. W., *A History of Historical Writing*, New York, 1942.
 YABEN, J. R., *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, 1939.
 ZEA, L., *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, México, 1949.
 ZUM FELDE, A., *Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, 1941.

II) PARTICULAR

- ACOSTA Y LARA, F., *Signos de la Historia*, en *Anales de la Universidad*, Montevideo, t. V, 1893, p. 1007.

* Esta nómina sólo menciona algunos de los aportes tenidos en cuenta para la elaboración del presente artículo, no constituyendo, por lo tanto, una bibliografía completa sobre el tema. Las fuentes se han intercalado en las notas al pie de página, donde cada autor remite a sus obras más importantes.

- [ACUÑA DE FIGUEROA, F.], *Apuntes biográficos*, en *Revista Histórica*, Montevideo, t. I, 1907, p. 360.
- ARDAO, M. J., *Nota preliminar a Una memoria sobre el "Espíritu de Partido" por Carlos Anaya (1811-1851)*, en *Revista Histórica*, nn. 46-48, Montevideo, 1948, pp. 627-29.
- ARDAO, M. J.- CAPILLAS DE CASTELLANOS, A., *Bibliografía de Artigas*, Montevideo, 1953.
- ARDAO, M. J., *Nota preliminar a Apuntaciones históricas sobre la revolución oriental*, en *Revista Histórica*, nn. 58-60, Montevideo, 1953, pp. 263-278.
- ARREDONDO, H., *Los "Apuntes Estadísticos" del Dr. Andrés Lamas*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. VI, n. 1, Montevideo, 1928, p. 25.
- ARREDONDO, H., *Bibliografía Uruguaya*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. VI, n. 2, Montevideo, 1929, p. 433.
- BAUZÁ, F., *Estudios constitucionales*, Montevideo, 1887.
- BAUZÁ, F., *Reseña Preliminar*, en *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, Montevideo, 1929.
- BAUZÁ, F., *Estudios Literarios*, Montevideo, 1953.
- BLANCO ACEVEDO, P., *Andrés Lamas, Prólogo a Escritos Selectos del Dr.*, t. I, Montevideo, 1922, pp. VII-XLIV.
- BRUSCHERA, O., *Zorrilla historiador*, en *Marcha*, Montevideo, 11 de noviembre de 1955.
- CARBIA, R. D., *Los historiadores argentinos menores. Su clasificación crítica*. Buenos Aires, 1923.
- CARBIA, R. D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, 1940.
- Cuestiones Históricas, Cartas de los señores Clemente L. Fregeiro y Luis Melián Lafinur*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. V, n. 1, Montevideo, 1926, pp. 283 y ss.
- DE-MARÍA, I., *Rasgos biográficos de hombres notables*, Montevideo, 1939.
- ESTRADA, D., *Páginas de historia*, Montevideo, 1920.
- FAJARDO, H., *Biografía de Alejandro Magariños Cervantes*, en *Notoriedades del Plata*, Buenos Aires, 1862, y *Revista Histórica*, t. VI, Montevideo, 1912, pp. 801 y ss.
- FAVARO, E., *Dámaso A. Larrañaga, su vida y su época*, Montevideo, 1950.
- FERNÁNDEZ SALDAÑA, J. M., *El historiador Antonio Deodoro de Pascual*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. V, II, Montevideo, 1927, p. 471.
- FURLONG CARDIFF, G., *Bibliografía de Andrés Lamas*, Buenos Aires, 1944.
- GARCÍA SERRATO, N., *Francisco Acuña de Figueroa el primer poeta nacional*, Montevideo, 1943.
- GÓMEZ HAEDO, J. C., *La crítica y el ensayo en la literatura uruguaya*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. VII, Montevideo, 1930, pp. 195 y ss.
- HALPERÍN DONGHI, T., *Vicente Fidel López, Historiador*, apartado de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V época, año I, n. III, Buenos Aires, 1956.
- HURTADO ARIAS, E. G., *Elogio de don Clemente Fregeiro*, en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, t. II, Buenos Aires, 1925.
- Juicio sobre la Historia de la República de Berra aparecido en Anuario bibliográfico de la República Argentina*, en *Anales del Ateneo*, año II, t. III, n. 13, Montevideo, 5 de setiembre de 1882, p. 172.
- LEVENE, R., *Advertencia a FREGEIRO, C. L. Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo*, t. I, Buenos Aires [1930].
- LEVENE, R., *El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la personalidad de su fundador Andrés Lamas*, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, t. XVII, Buenos Aires, 1944, pp. 83 y ss.
- MANACORDA, T., *Victor Arreguine*, en *Revista Histórica*, t. XII, Montevideo, 1924, p. 1070.
- MONTERO BUSTAMANTE, R., *Ensayos*, Montevideo, 1928.
- PALOMEQUE, A., *Los conceptos históricos en el Río de la Plata*, en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, t. II, Buenos Aires, 1925, p. 119.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *El Instituto Histórico y Geográfico Nacional (1843-1845)*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. XI, Montevideo, 1934-35, pp. 179 y ss.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *Biografía y notas bibliográficas*, en DE-MARÍA, I., *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1939.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *De la leyenda negra al culto artiguista*, en *Marcha*, Montevideo, 23 de junio, 30 de junio, 7 de julio, 21 de julio, 28 de julio, 8 de setiembre, 15 de

- setiembre, 23 de setiembre, 6 de octubre, 13 de octubre, 27 de octubre, 17 de noviembre, 1 de diciembre, 8 de diciembre y 29 de diciembre de 1950, y 2 de febrero de 1951.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *Prólogo a DE-MARÍA, I. Montevideo Antiguo*, Montevideo, 1957.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *Visión del país en 1856*, en *Marcha*, Montevideo, 11 de enero de 1957.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *De los catecismos históricos al Ensayo de H. D.*, en *Marcha*, Montevideo, 24 de mayo de 1957.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *José Ma. Reyes y la Geografía del Uruguay*, en *Marcha*, Montevideo, diciembre de 1957.
- PIVEL DEVOTO, J. E., *El destino de los escritos históricos del Gral. Antonio Díaz*, en *Marcha*, Montevideo, 26 de diciembre de 1958.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, E., *Francisco Bauzá, crítico de la literatura uruguaya*, en *Marcha*, Montevideo, 11 de junio de 1954.
- ROMERO, J. L., *Mitre: un historiador frente al destino nacional*, en *Argentina, Imágenes y Perspectivas*, Buenos Aires, 1956.